

JOSÉ GUADALUPE GANDARILLA SALGADO*

AMÉRICA LATINA EN LA CONFORMACIÓN DE LA ECONOMÍA-MUNDO CAPITALISTA

LAS TRANSFERENCIAS DE EXCEDENTE EN EL TIEMPO LARGO DE LA HISTORIA Y EN LA ÉPOCA ACTUAL

A mi madre
In memoriam

*La verdad es amarga; la opulencia de los pocos es pagada
por la miseria de los muchos*

Morris Berman

Para todos todo, nada para nosotros

CCRI-CG EZLN

Subcomandante Insurgente Marcos

EN 1987 SE PUBLICÓ en la *Revista Mexicana de Sociología* un extenso ensayo de Steve J. Stern¹ (1987) en el cual se afirma que la categoría planteada por Immanuel Wallerstein en su obra en tres tomos *The Modern World System* no es sino una entre las “varias versiones de la idea de sistema mundial”. Allí Stern sugiere que “los latinoamericanos pensaron muy detenidamente en esta idea antes” de que Wallerstein pu-

* Investigador del Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades y profesor de la Facultad de Economía de la UNAM. Autor de *Globalización, totalidad e historia. Ensayos de interpretación crítica* (Buenos Aires: CEIICH-UNAM/Ediciones Herramienta), 2003.

¹ Texto que dio lugar a una polémica desarrollada en esas mismas páginas en 1989. Ver Wallerstein (1989) y Stern (1989). En lengua inglesa dicho debate ocupó las páginas de la *American Historical Review* (1988).

blicara dicha obra. Lo cierto es que el historiador norteamericano identifica una respuesta sorprendentemente débil desde América Latina, al final de la década del setenta y principios de la década del ochenta, a la obra antes referida². Stern explica esta escasa resonancia por la “cristalización de posiciones teóricas relativamente complicadas hacia la primera mitad de la década de los años 70” (Stern, 1987: 23).

No obstante coincidir con Stern, lo cual exige profundizar en los elementos que propiciaron tal cristalización de posiciones, creemos que es posible sustentar un matiz distinto con respecto a la relación entre la historiografía, o el pensamiento social latinoamericano en su conjunto, y la obra del principal exponente de la escuela del sistema-mundo. En las páginas que siguen trataremos de mostrar que, si bien es cierto que no hay una línea de continuidad entre ambos, sí hay por parte de Wallerstein una recuperación y desarrollo de temáticas (una de ellas, la correspondiente a la transferencia de excedentes) ya abordadas por algunos de los más importantes creadores de la ciencia social latinoamericana. Como bien afirma Stern, estos últimos “pensaron mucho en su participación desigual en el sistema mundial” aun antes de que la obra de Wallerstein alcanzara proyecciones mundiales. Creemos que a los ojos de una propuesta de interpretación como la de los analistas del sistema-mundo, podremos reconocer los alcances de los legados teóricos del pensamiento social latinoamericano, especialmente al desbrozar la articulación dialéctica entre el capitalismo mundial y América Latina. Tomando en cuenta lo anterior, haremos referencia a los problemas de la extracción y transferencia de excedentes como un factor explicativo fundamental en el análisis de los mecanismos y el funcionamiento de la economía mundial contemporánea y de la situación económica por la que atraviesa la región latinoamericana. Creemos que la capacidad explicativa de las transferencias de excedentes y la destrucción del excedente potencial constituyen una aportación digna de ser tomada en cuenta en la caracterización de los procesos actuales. En adición a lo anterior, consideramos que dichos conceptos, sobre todo el primero, nuclear, o alrededor de ellos gira, parte del avance de la ciencia social latinoamericana.

Si pudiéramos sintetizar en términos muy abstractos la propuesta que intentamos desarrollar en este ensayo, debiéramos decir que tratamos de analizar nuestro objeto de estudio en el marco del “devenir-capital del mundo” y del “devenir-mundo del capital”. Este marco nos sitúa en el plano de articulación dialéctica entre: a) la apropiación

2 El nivel de la respuesta puede verse –incluso– en el curso seguido por las traducciones de los tres Tomos de *The Modern World System*. Si el Tomo I demora cinco años en ser traducido al español y el Tomo II cuatro, el Tomo III tarda nueve años en ser llevado a nuestro idioma, y no es sino hasta 1998 que se dispone de la obra completa.

por el capital del conjunto de las condiciones de la praxis social, cuyo significado es la sumisión del proceso de reproducción social-natural a las exigencias de la reproducción del capital, a los requerimientos del valor que se valoriza, y b) la extensión y expansión de las relaciones capitalistas de producción y reproducción sobre el conjunto del planeta, proceso mediante el cual la humanidad entera es dominada por las exigencias de la acumulación de capital. Esto nos coloca de suyo en el campo de análisis de la reproducción del capital (ámbito en el que, sin embargo, no se han explorado suficientemente las posibilidades heurísticas, ni se ha llevado el análisis hasta sus últimas consecuencias³), y en el conjunto de problemáticas que se encuentran determinadas por, y que determinan, la dialéctica del capitalismo como sistema mundial.

RELACIÓN-CAPITAL Y REBELDÍA DEL TRABAJO: ANTAGONISMO CONFLICTIVO ENTRE CONTROL Y EMANCIPACIÓN DEL TRABAJO

*La máquina aparece [...] como forma del capital
–medio del capital– poder del capital –sobre el trabajo–
[...] entra en escena también intencionalmente como forma
del capital hostil al trabajo*

Karl Marx

*Los primeros industriales, que debían confiarse
completamente en el trabajo manual de sus obreros,
sufrían periódicamente graves e inmediatas pérdidas
por obra del espíritu rebelde de aquéllos*

Karl Marx citando a Peter Gaskell

El capital, entendido como relación social y como proyección espacio-territorial de alcances mundiales, se despliega no sólo como mando político sino como regulador metabólico social del proceso de reproducción material (Mészáros, 2001). Históricamente, esta proyección expansiva del capital adquiere tintes contradictorios en la medida en que, para su establecimiento, la reproducción capitalista requiere regular, someter y subsumir el metabolismo de reproducción social al comando del sistema del capital. Este proceso se ejecuta cuando sobre el proceso de reproducción social preexistente se monta el dispositivo metabólico de reproducción social del orden del capital.

3 Entre los autores que han intentado un acercamiento a esta temática puede mencionarse a Alain Bihl (Bihl, 2002: 119-129). En esta materia, desde la tradición del pensamiento social latinoamericano, el acercamiento que brindan las mayores posibilidades generativas de conocimiento continúa siendo, creemos, el conciso e insuficientemente recuperado ensayo de Ruy Mauro Marini, “El ciclo del capital en la economía dependiente” (Marini, 1979: 37-55).

Con el desarrollo de la producción capitalista, con la imposición de las relaciones capitalistas de producción sobre las relaciones de producción previas y en la propia articulación de formas de producción (hecho característico del capitalismo), se desarrolla o se genera, según Marx, “una nueva relación de hegemonía y subordinación (que a su vez produce también sus propias expresiones políticas)” (Marx, 1984: 62). En este proceso de enajenación capitalista y de fetichización de las relaciones sociales, en cuya base se localiza el punto de partida de toda crítica, las condiciones de la producción se enfrentan al sujeto productor como *poderes independientes* que lo dominan. Tal y como afirma Marx, a través de este proceso histórico,

la dominación del capitalista sobre el obrero es por consiguiente la de la cosa sobre el hombre, la del trabajo muerto sobre el trabajo vivo, la del producto sobre el productor, ya que en realidad las mercancías, que se convierten en medios de dominación sobre los obreros (pero sólo como medios la dominación del *capital* mismo) no son sino meros resultados del proceso de producción (Marx, 1984: 19).

El capital se apodera del proceso de trabajo y, por consiguiente, el obrero trabaja para el capitalista (personificación del capital), en lugar de hacerlo para sí mismo (entendemos al obrero como obrero social, como trabajador colectivo). Sin embargo, este hecho no modifica, no anula, “la *naturaleza general* del proceso de trabajo mismo” (Marx, 1984: 27), el hecho de que en el obrero social, en el sujeto que trabaja, que crea, reside “la producción material [...] el verdadero proceso de la vida social” (Marx, 1984: 19).

El significado del capitalismo y de la imposición de las relaciones capitalistas es esa inversión/sometimiento del proceso de producción y reproducción de la vida material. Tal y como lo resume Marx al considerarlo históricamente, este proceso de conversión fetichista del sujeto productor en objeto para la producción capitalista “aparece como el momento de transición necesario para imponer por la violencia, y a expensas de la mayoría, la creación de la riqueza en cuanto tal” (Marx, 1984: 19), es decir, de la riqueza en sentido abstracto (valores para el cambio), como mediación para la obtención de beneficio para el capital, para un pseudo-sujeto, el valor valorizándose; no de la riqueza considerada en su dimensión concreta de reproducción material de los sujetos que la producen (valores para el uso).

El desenvolvimiento histórico del capitalismo se construye sobre procesos histórico-concretos de clasificación de las personas, esto es, un proceso de luchas, de conflictos, de disputas por el control del trabajo, de los recursos de la producción y de sus resultados, en el que unos buscan someter a otros. En otras palabras, son las victorias de unos y las derrotas de otros las que darán por resultado que grupos

particulares de personas sean ubicados, clasificados, mediante el proceso que en terminología clásica fue nombrado como “acumulación originaria de capital” y que adquiere las formas de permanente clasificación social (Quijano, 2000a), de constitución de las clases sociales. Proceso que no es una fase histórica distinguible y superada en el trayecto que dará lugar al capitalismo moderno, sino algo permanente que se reproduce periódicamente.

Es por ello significativo que en su alegato contra una concepción estática, empírica, estructuralista o sociológica de la categoría *clase*, el historiador marxista inglés Edward P. Thompson la reivindique como una categoría histórica. Esto significaría que las clases sociales no pueden existir al margen de sus relaciones y luchas históricas. Las clases, según Thompson, no preexisten. *No luchan porque ya existen* como un *a priori* en el pensamiento del analista que busca aplicar un modelo o un *corpus* teórico. Su existencia surge al calor de la lucha, en la identificación y polarización de sus intereses antagónicos y “su correspondiente dialéctica de la cultura” (Thompson, 1984: 39). En el largo trayecto de maduración del capitalismo (a lo largo del cual se efectúa una reorganización estructural de las relaciones de clase, ideología y hegemonía), y en su estudio específico de la Inglaterra preindustrial, Thompson propone “entender la historia social del siglo XVIII como una serie de confrontaciones entre una innovadora economía de mercado y la economía moral tradicional de la plebe” (Thompson, 1984: 46). Es decir, en el trayecto histórico formativo del capitalismo, las clases se articulan como campos de fuerza “donde reviven y se reintegran los restos fragmentados de viejos modelos” (Thompson, 1984: 50). Un sustrato cultural y reivindicativo, las propias costumbres de la gente, la memoria y la resistencia se anteponen a la lógica avasalladora del capital, que cuando está ampliándose o profundizándose, procurando ir más allá de la subordinación formal, surge históricamente cargado de un carácter innovador en la técnica y disciplinante del tiempo y la cultura del trabajo. La racionalización del trabajo amenaza con destruir las prácticas tradicionales y la propia organización familiar de relaciones y roles de producción, de ahí que Thompson afirme que “la lógica capitalista y el comportamiento tradicional no-económico se encuentran en conflicto activo y consciente” (Thompson, 1984: 46).

La acumulación originaria de capital fue entendida, en la versión dominante de la tradición marxista, en cuanto forma previa al capitalismo como modo de producción. Por el contrario, como afirma Werner Bonefeld en su desarrollo del argumento de Marx,

la acumulación originaria de capital no es sólo una época histórica que precede a las relaciones sociales capitalistas y de la cual emergió el capital. Implica fundamentalmente la “creación” de la presuposi-

ción constitutiva a través de la cual subsiste el antagonismo de clases entre el capital y el trabajo [...] es el “fundamento de la reproducción capitalista” y “crea el concepto del capital” [...] se refiere a la expropiación contundente del trabajo de sus condiciones, cuyo carácter sistemático es la constitución de la práctica social humana en términos de la propiedad privada [...] La acumulación originaria [...] persiste en el marco de las relaciones capitalistas [...] ya no “figura” como la condición de su surgimiento histórico, sino más bien como la presuposición constitutiva de su existencia, una presuposición que el capital tiene que plantear como condición de su reproducción (Bonefeld, 2001: 147-149).

Desde otro enfoque, y con más de dos décadas de antelación, el eminente sociólogo colombiano Orlando Fals Borda arriba a la misma conclusión que Bonefeld, según se lee en el siguiente extracto de su conciso ensayo:

la acumulación originaria no cesa mientras se den las oportunidades de su cumplimiento. Ella es la que permite que la relación social capitalista se produzca y reproduzca en nuestro medio. Su dinámica es constante, como sus efectos de diaria ocurrencia. De allí que no sea sólo un fenómeno del pasado: la acumulación originaria es dinámica y rediviva. Y lo será por mucho tiempo más, hasta cuando se cuestionen a fondo sus premisas y se destruyan las fuentes concretas de su reproducción (Fals Borda, 1978: 174).

Si además de esta distinción avanzamos en otro deslinde, consistente en superar la propia impronta eurocéntrica de la teoría de las clases sociales (puesto que la relación salarial, trabajo asalariado como forma de control del “obrero libre”, propia de la relación-capital, es una de las maneras en la que existe la relación de clases, pero no es la única en que ha existido, ni en que existe la relación del capital con el trabajo vivo), se podría avanzar hacia una *teoría histórica de la clasificación social*. Como afirma Aníbal Quijano, es la “distribución del poder entre las gentes de una sociedad lo que las *clasifica socialmente*, determina sus recíprocas relaciones y genera sus diferencias sociales” (Quijano, 2000a: 368), y no su pertenencia ahistórica o estática, sus características empíricamente observables o diferenciables, las que les asignan a las gentes el lugar ocupado en la sociedad: en una palabra, su disposición como clase social. La distribución de las gentes en las relaciones que conforman el patrón de poder asume el carácter de procesos de clasificación, desclasificación y re-clasificación. Dicho patrón de poder, entonces, está siempre puesto en cuestión, las personas están disputándolo todo el tiempo, el poder está siempre en estado de conflicto (Quijano, 2000a), en el marco de una dialéctica antagónico-conflictiva entre un complejo de dominación-explotación-apropiación y su otro contrapuesto de de-

mocracia-sustento-disponibilidad⁴, que se despliega en distintos espacio-tiempos de una historia de *larga duración*.

Ahí radica el carácter inherentemente contradictorio de las relaciones capitalistas, que expresan un desarrollo esencialmente conflictivo: el desenvolvimiento de una sociedad antagónica. La realidad constitutiva de la relación-capital expresa en términos de poder la dialéctica permanente que envuelve una doble dimensión del poder⁵. La *relación antagónico-conflictiva entre el poder-hacer* de los productores, entre el poder como poder-para, poder como capacidad, como creación, poder como *potentia*, como potencia, poder-hacer como la dimensión primigenia del flujo social del hacer y *su opuesto, el poder como poder-sobre*, poder como *potestas*, como imposición, como comando (Holloway, 2002)⁶.

El flujo social del hacer se fractura, se rompe, cuando un determinado grupo de personas “se apropian de la proyección-más-allá del hacer (de la concepción), y comandan a otras para que ejecuten lo que ellas han concebido [...] los ‘poderosos’ separan lo hecho respecto de los hacedores y se lo apropian” (Holloway, 2002: 53). Al flujo social del hacer, al poder-hacer, se le sobrepone un poder-sobre, una relación de poder, de comando sobre los otros. El poder-hacer se convierte en su opuesto, que se le ha impuesto como poder-sobre: “el flujo del hacer se convierte en un proceso antagónico en el que se niega el hacer de la mayoría, en el que algunos pocos se apropian del hacer de la mayoría” (Holloway, 2002: 55). El carácter antagónico de la sociedad capitalista tiene como uno de sus fundamentos el hecho permanente y latente de que el factor material de la producción no puede dejar de ser el sujeto real de la producción (Mészáros, 2001). La dialéctica antagónico-conflictiva de dominación/insubordinación se expresa en el hecho de que la subordinación procurada por el poder-sobre no anula, no elimina, la insubordinación del poder-hacer (pues este no deja de ser el sujeto real de la producción material).

El significado de la relación-capital es la “afirmación del comando de otros sobre la base de la ‘propiedad’ de lo hecho y, en consecuen-

4 Si bien es cierto que más adelante se explicará cada uno de los elementos que componen esta dimensión, adelantamos que en cada uno de ellos recuperamos, respectivamente, los planteamientos de González Casanova y el Subcomandante Insurgente Marcos (democracia); Karl Marx y Karl Polanyi (sustento), y René Zavaleta y Aníbal Quijano (disponibilidad).

5 En términos del lenguaje, esto se expresa en el carácter del poder como sustantivo, y como verbo.

6 En la parte que estamos recuperando, en especial el capítulo 3, puesto que no compartimos algunas de las conclusiones a las que arriba el autor (Holloway, 2002), la proyección del hacer es una proyección social, no individual, dado que la objetivación no concluye en el producto como producto individual separado ya del sujeto que lo hace, sino que en todo caso es una objetivación efímera pues se incorpora al flujo social del hacer: en términos espaciales, hacer para los otros situados en otras partes y hacer en el flujo temporal del hacer pasado y del futuro por hacer.

cia, de los medios de hacer, la condición previa de hacer de aquellos otros a los que se comanda” (Holloway, 2002: 56). El proceso tiende a ser regulado, ordenado, regido ya no por una mediación de primer orden (propia de aquella que deriva del flujo social del hacer), sino, según la expresión de Itsván Mészáros (2001), por “mediaciones de segundo orden” que derivan de esa fragmentación, de esa ruptura en el flujo social del hacer, entre el hacedor y lo hecho, entre el productor y su producto. La base de este proceso se encuentra en esa enajenación capitalista, en ese proceso de volver ajeno, de cosificar y reificar el producto del trabajo (trabajo vivo como actividad creadora de valor, que en cuanto sujeto aparece como la posibilidad universal de riqueza) y los productos de las relaciones sociales⁷.

La enajenación capitalista se encarna en la personificación del capital, pues ha echado raíces y encuentra su realización plena. Por el contrario, el obrero, el explotado, se encuentra “desde un principio en un plano superior al del capitalista [...] pues [...] en su condición de víctima del proceso, se halla de entrada en una situación de rebeldía y lo siente como un proceso de avasallamiento” (Marx, 1984: 20).

La postura definitiva de Marx, formulada en el marco de sus *Grundrisse de 1857-1858*, afirma la naturaleza contradictoria del enfrentamiento del trabajo vivo en el cara a cara con el capital; en dicho pasaje de esa obra queda claro, sin embargo, que la negación de la condición negada del sujeto social bajo el capitalismo se ejerce desde la exterioridad del trabajo vivo, la fuente creadora del valor⁸.

La presencia del *polo obrero* como *realidad antagonista de la totalidad del sistema* (en tanto se contraponen, no sólo a la máquina y al com-

7 Bolívar Echeverría se refiere a este proceso con las siguientes palabras: “producir y consumir libremente, en el sentido pleno de la autorreproducción de un sujeto social, es algo que se encuentra obviamente en contradicción con esa necesidad mediadora y mediatizadora de producir según la relación técnico-social capitalista, de producir un plusvalor para el capital y de consumir las cosas en la medida en que ese plusvalor se convierte en capital acumulado” (Echeverría, 1998: 10).

8 Quien ha desarrollado con más pulcritud esta línea de interpretación (desde la exterioridad del trabajo vivo) es el filósofo Enrique Dussel, y uno de los pasajes más significativos de Marx en que basa su aserto se cita a continuación: “el trabajo puesto como no-capital en cuanto tal es: 1) Trabajo no-objetivado, concebido negativamente [...] es no-materia prima, no-instrumento de trabajo, no-producto en bruto [...] el trabajo vivo existente como abstracción de estos aspectos de su realidad real (igualmente no-valor); este despojamiento total, esta desnudez de toda objetividad [...] El trabajo como pobreza absoluta [...] Objetividad que coincide con su inmediata corporalidad [...] 2) Trabajo no-objetivado, no-valor concebido positivamente [...] El trabajo [...] como actividad [...] como fuente viva del valor [...] El trabajo [...] es la pobreza absoluta como objeto y [...] la posibilidad universal de la riqueza como sujeto [...] ambos lados de esta tesis absolutamente contradictoria se condicionan recíprocamente y derivan de la naturaleza del trabajo, ya que éste, como antítesis, como existencia contradictoria del capital, está presupuesto por el capital y, por otra parte, presupone a su vez al capital” (Marx, citado en Dussel, 1988: 368).

plejo maquínico en su forma más desarrollada, en cuanto capital constante, sino a su clasificación o encasillamiento como fuerza de trabajo, en cuanto capital variable), su actuación como polaridad antagónica al sistema (como víctima del proceso en situación de rebeldía), su existencia como clase forjada históricamente a través de las relaciones y luchas de clases (o constituida, como dice Thompson, en “el verdadero proceso *experimental* histórico de la formación de clases”) (Thompson, 1984: 36), no la liga al mecanismo del desarrollo del sistema, la hace independiente y contrapuesta al desenvolvimiento, al desarrollo del orden social del capital. Dentro del modo capitalista de producción, en el marco de la relación-capital, “los obreros son ciertamente *siempre explotados*, pero no son *nunca sometidos*” (Tronti, 2001: 84). El segundo movimiento del argumento que estamos recuperando de Mario Tronti adquiere consecuencias epistemológicas importantes, incluso ha llegado a ser calificado como una “revolución copernicana del marxismo” (Moulier, 1989)⁹, pues lo que se sostiene es que se ha visto “primero, el desarrollo capitalista, después las luchas obreras. Es preciso transformar radicalmente el problema, cambiar el signo, recomenzar desde el principio: y el principio es la lucha de clases obrera [...] el desarrollo capitalista se halla subordinado a las luchas obreras, viene tras ellas” (Tronti, 2001: 93). Este planteamiento¹⁰ significa una inversión en el enfoque marxista tradicional pues se pronuncia por ver a “la lucha de la clase trabajadora como determinante del desarrollo capitalista” (Holloway, 2002: 232). Este punto de partida es fundamental en el argumento histórico que pretendemos desarrollar más adelante, pues en nuestra consideración son las luchas de resistencia, rebeldía, insumisión o insurrección las que dan forma a los momentos constitutivos de nuestras sociedades¹¹, que se manifiestan *como apertura*, según la expresión de Wallerstein,

9 Según expresión de Moulier en su introducción a Negri, (citado en Holloway, 2002: 233).

10 Al parecer, Tronti se hace eco de una de las expresiones preferidas en la revuelta estudiantil del mayo del 68 francés, a saber: “la acción no debe ser una reacción, sino una creación” (Martínez et. al., 1998: 76).

11 René Zavaleta define a los momentos constitutivos como aquellos que fundan el modo de ser de una sociedad por un largo período; ciertos acontecimientos profundos, ciertos procesos indefectibles, incluso ciertas instancias de psicología común, que tienden a sobrevivir “como una suerte de inconsciente o fondo de esa sociedad” (Zavaleta, 1985: 45). Más adelante este autor precisa su definición y señala que en dichos períodos “se requiere algo que tenga la fuerza necesaria para interpelar a todo el pueblo o al menos a las zonas estratégicas de él porque ha de producirse un relevo de creencias, una sustitución universal de lealtades, en fin, un nuevo horizonte de visibilidad del mundo. Si se otorga una función simbólica tan integral a este momento es porque de aquí se deriva o aquí se funda el ‘cemento’ social, que es la ideología de la sociedad. Se trata de uno de los hechos sociales más persistentes, a tal punto que se podría decir que la ideología constitutiva suele atravesar los propios modos de producción y las épocas” (Zavaleta, 1985: 75).

de los “siglos históricos”¹² latinoamericanos, esto es, aquellos períodos históricos que alcanzan un mayor *espesor* histórico-social –según ha argumentado Pierre Vilar (1993: 355)–, coyunturas históricas que expresan, en su máxima radicalidad, un contenido subversor-rebelde (Fals Borda, 1968), que adquiere la característica, peculiar, de definir fases de transición histórica. Sin embargo, tal peso específico no deriva de su rareza, de que aparezcan de nuevo como instantes anómalos, sino precisamente del hecho de que la relación antagonico-conflictiva, en que consiste la dualidad del poder, permanece como sojuzgamiento precario, no definitivo, y como memoria que se reactualiza, como el relámpago que ilumina su continuidad, en el curso largo de la historia. En cada uno de estos procesos se conjugan, en la realidad de la crisis, las luchas de insubordinación y las políticas de resistencia, a las cuales responde el capital intentando reafirmar su poder y garantizar su interminable acumulación de capital, por la vía de acrecentar las transferencias de excedente del que se apoderan los explotadores internos y externos a través de sus políticas de dominación, explotación y apropiación.

El poder-hacer, el obrero, el explotado, los de abajo, tratarán entonces de negar su condición negada en el capitalismo, tratarán, como afirmó el sociólogo boliviano René Zavaleta, de “invertir una sociedad que existe a imagen y semejanza de las necesidades de la dominación” (Zavaleta, 1977: 3). Pero la lucha emancipatoria no sólo habrá de anular la dominación (que, mientras en otro tipo de sociedades previas a la capitalista se desarrolla de manera predominantemente política, en este caso, considerada la estructura social en su conjunto, ocurre de manera principal, pero no exclusiva, bajo la forma de explotación económica del trabajo asalariado); esta es sólo una dimensión, entre otras, del patrón de poder bajo el capitalismo. Habrá que considerar, en el marco de las luchas por negar el capitalismo (considerado como elemento de negación de la vida misma del sujeto productor y su entorno), no sólo el plano del despliegue de las relaciones capitalistas, el “devenir-capital del mundo”. Se tendrá que poner atención también en el plano de la reproducción global del capitalismo, en el capitalismo como sistema mundial, en el “devenir-mundo del capital”. Fijamos nuestra atención en este proceso, pues nos permitirá situar el tema de *la transferencia de excedentes* en el plano de estas dos dialécticas (“devenir-capital del mundo” y “devenir-mundo del capital”) que, en rigor, son una sola, la de la conformación del capitalismo como sistema mundial.

12 Es bien conocida la expresión de Wallerstein acerca de que “los siglos históricos no son necesariamente cronológicos” (Wallerstein, 1979: 94).

CAPITALISMO MUNDIAL Y EXPERIENCIAS CIVILIZATORIAS:
ANTAGONISMO CONFLICTIVO ENTRE *DOMINACIÓN/EXPLOTACIÓN/*
APROPIACIÓN Y DEMOCRACIA/SUSTENTO/DISPONIBILIDAD

*El capitalismo sigue basado en la explotación
de los recursos y posibilidades internacionales o,
dicho de otra forma, existe dentro de los límites del mundo,
o al menos tiende a abarcar al mundo entero.
Su gran proyecto actual es
el de reconstruir este universalismo*

Fernand Braudel

En su desenvolvimiento o desarrollo, la relación-capital (inherentemente antagónica entre la dimensión del poder-hacer y el poder-sobre, que expresa la dialéctica constitutiva de dominación/in subordinación, esto es, la lucha por el control o la emancipación del trabajo) debiera ser expresada, en rigor, como una relación antagónico-conflictiva de *dominación/explotación/apropiación* (impulsada por los explotadores internos y externos) que se sobrepone a la dimensión de *democracia/sustento/disponibilidad* (aquella por la que luchan los de abajo, los explotados, aquella que posibilitaría garantizar el proceso de producción y reproducción de la vida material). Es decir, la expansión mundial del capitalismo tiende a sobreponearse a otro tipo de formas civilizatorias que las sociedades han conocido para regular el metabolismo social, pero sin necesariamente anularlas por completo, nulificarlas, destrozalas¹³. Queda un sustrato, una memoria, una dimensión de poder que la actualización permanente del conflicto antagónico no logra disolver. Es esa *rebeldía posible* del explotado, del obrero, de los de abajo, de las comunidades, que están viviendo la enajenación capitalista, pero que no han disuelto definitivamente esa dimensión que una corriente de la historiografía contemporánea denomina la “economía moral de la multitud” (Thompson, 1984: 85).

La proyección mundial del capital se ejecuta a través de una imposición de poder. La imposición y conformación de un patrón mundial de poder acompaña constitutivamente la génesis y posterior trayectoria de la modernidad capitalista. El lugar ocupado por América Latina en la construcción del patrón mundial de poder capitalista es fundamental. El emergente poder del capital en su mismo momento constitutivo y a través de su génesis histórica se vuelve mundial; desde sus inicios y en su proyección mundial, tiene como una de sus bases lo que el sociólogo

13 El antropólogo Eric R. Wolf sostiene que la incorporación a las redes capitalistas de otras culturas y espacios geográficos no destruye necesariamente “las ideas y prácticas culturales distintivas e históricamente fundadas de la gente o hace que sus esquemas culturales sean inoperantes e irrelevantes” (Wolf, 2000: XII).

go peruano Aníbal Quijano llama “la colonialidad del poder” (Quijano, 2000b). Esto ya significa de suyo un distanciamiento con perspectivas que tienen por base una visión eurocéntrica del mundo.

A diferencia del paradigma eurocéntrico, aquel que se ubica desde el horizonte mundial, “concibe la modernidad como la cultura del centro del sistema-mundo, del primer sistema-mundo –por la incorporación de Amerindia– y como resultado de la gestión de dicha centralidad” (Dussel, 1997: 76). En esta postura epistemológica, la modernidad se asume como un fenómeno mundial, propio del “sistema-mundo”, con su centro (que históricamente se traslada desde España, así sea apenas por un instante histórico¹⁴, hacia Europa y Estados Unidos) que se constituye simultáneamente sobre una periferia creciente. La modernidad no es un hecho exclusivo de Europa como sistema independiente (tal cual cree Weber), autopoiético, autorreferencial, autodeterminado (como piensa Hegel al espíritu mundial). Europa experimenta el paso del Estadio III del sistema interregional (asiático-afro-mediterráneo) hacia un sistema propiamente mundial, el “sistema-mundo” moderno. Su evento constitutivo está dado por la conquista de América: de ser una periferia de un sistema interregional, Europa se constituye en el centro del “sistema-mundo”¹⁵.

Europa (propiamente España) potencia con la colonización de América el germen del sistema ya como sistema-mundo. En esta concepción, el capitalismo es fruto y no causa de esta mundialización y centralidad europea en el sistema-mundo, pues Europa, que no había sido sino periferia del sistema-interregional hasta ese momento, ocupa la hegemonía mundial del primer y único sistema-mundo de la historia planetaria, el sistema moderno¹⁶. Modernidad que es, pues, europea en

14 Los señores castellanos del norte de la península ibérica (que son dominadores en sociedades señoriales, rurales, más bien atrasadas, con baja productividad y poco sofisticadas culturalmente) fueron capaces en un momento histórico determinado de aprovechar una innovación en la tecnología militar de su tiempo (los “tercios españoles”) a través de la cual derrotan a la sociedad edificada por los árabes en el sur de la península ibérica y en el Mediterráneo, que se había erigido en el centro del mundo de ese entonces (período previo al sistema mundial capitalista actual) (Quijano, 1995). Ese aspecto y el enriquecimiento hecho posible a través de la conquista de América serán decisivos “en la disputa hegemónica en el resto de Europa y hará, por un momento, de los señores castellanos [...] los dueños de esa hegemonía” (Quijano, 1995: 9).

15 Dussel corrige la conceptualización de Andre Gunder Frank (Frank, 1991); en Dussel el sistema-mundo o sistema mundial es el Estadio IV del mismo sistema interregional del continente asiático-afro-mediterráneo. Para Frank los cuatro estadios (5.000 años de historia mundial) son ya fácticamente mundiales (ver nota al pie 8 en Dussel, 1997, y nota al pie 13 en Dussel, 1992).

16 Afirma el historiador Steve J. Stern: “el año 1492 simboliza los comienzos de la singular ascensión mundial de la civilización europea. Antes de 1492, los sistemas de riqueza y comercio, la ciencia y las invenciones técnicas, el poder y la influencia cultural de la civilización europea, no habían logrado eclipsar los de otras civilizaciones que habían desarro-

su centro y capitalista en su economía. En palabras de Aníbal Quijano, “con América (latina) el capitalismo se hace mundial, eurocentrado y la colonialidad y la modernidad se instalan asociadas como los ejes constitutivos de su específico patrón de poder” (Quijano, 2000a: 342).

Por otro lado, un elemento adicional que contribuye a fortalecer la capacidad de adaptación del moderno sistema-mundo, tal cual lo conocemos actualmente, ante los episodios cíclicos de conflictos y crisis, hunde de lleno su raíz en la propia conformación histórica de una de sus instituciones base. A diferencia de las anteriores economías-mundo que derivaron en, o evolucionaron hacia, su desintegración o hacia la constitución de imperios-mundo (gestionados o administrados por un único sistema político), en el caso del moderno sistema mundial, este devino o evolucionó hacia la constitución de una economía-mundo capitalista. Esta no requiere, para el fortalecimiento de las lógicas y dinámicas de sus fuerzas económicas dominantes (para el aseguramiento de su interminable acumulación de capital), de dicha unidad en su sistema político; por el contrario, encuentra como uno de sus fundamentos el desarrollo de un sistema interestatal de estados, claramente hegemónico, jerarquizado y diferenciado (en cuyo seno reside un específico patrón de poder). Las poderosas fuerzas económicas dominantes operan en el seno de una arena mayor (tienen una más extensa proyección espacio-territorial) que la que puede controlar cualquier entidad política. Esta disposición permite al capitalismo regular de mejor manera (más flexible, hasta legítima) su metabolismo social, pues este sistema, como sostiene Wallerstein, “se basa en la constante absorción de las pérdidas económicas por las entidades políticas, mientras que las ganancias económicas se distribuyen entre manos privadas” (Wallerstein, 1979: 491). La manera que asume este afianzamiento de la reproducción del capitalismo, en el terreno de “lo político” y del control del conflicto social, se presenta como legítima socialmente si atendemos al hecho de que el desarrollo de la forma-Estado y su andamiaje institucional, aunque capitalizados por los grupos dominantes (en el amplio sentido de ser aprovechados para la apropiación de la riqueza y el excedente social), tienden a ser postulados como la proyección de intereses más amplios, que buscan la construcción y mantenimiento del Estado-nación.

Otro elemento que favorece la conformación diferenciada, jerárquica, del capitalismo está dado por el hecho de que las actividades económicas no están distribuidas de manera uniforme y homogénea. Por el contrario, se basan en una división axial del trabajo que “magnífica y legitima la capacidad de ciertos grupos dentro del sistema de explotar el trabajo de otros, es decir, de recibir una mayor parte del excedente” (Wallerstein, 1979: 492).

llado sus propios períodos de ‘edad de oro’ en Asia, África, el Cercano Oriente y las Américas [...] El occidente no era necesariamente superior o dominante” (Stern, 1992: 26).

Esta condición histórica de larga duración influye de manera decisiva en la diseminación de la propia geocultura al seno del sistema, pues se tiende a ligar la cultura a la localización espacial. Según el argumento de Wallerstein, la razón de esta situación estriba en que:

en una economía-mundo el primer punto de presión política accesible a los grupos es la estructura local (nacional) del Estado. La homogeneización cultural tiende a servir los intereses de grupos clave, y las presiones se ensamblan para crear identidades cultural-nacionales (Wallerstein, 1979: 492).

La economía-mundo tiende a dividirse y a mantener tal separación entre los estados centrales, que merecen dicho nombre puesto que crean un fuerte aparato de Estado unido a una cultura nacional, y las áreas periféricas, en donde incluso no está justificado hablar de estados periféricos, puesto que estos oscilan entre su inexistencia (situaciones coloniales) o su existencia en grados muy precarios de autonomía (situaciones neocoloniales, en sus muy variadas modalidades). En este punto, el de la viabilidad estatal –asunto fundamental, sobre todo si consideramos la afirmación de Braudel en el sentido de que “el capitalismo tan sólo triunfa cuando llega a identificarse con el Estado, cuando es el Estado” (citado en Arrighi, 1999: 25)–, no ocupa un lugar accesorio el tema que estamos tratando (que, no por capricho, Zavaleta Mercado gustaba en llamar “la querrela del excedente”), puesto que, como este último advierte, existe un “privilegio europeo y norteamericano en la captación del excedente del mundo, lo cual no explica por sí mismo al estado capitalista pero sin duda lo viabilizó” (Zavaleta, 1985: 65). Aunque desde Colón se logra entrever el carácter maravilloso del oro y los metales preciosos de estas tierras, no se ha puesto suficiente énfasis en señalar que “*sin el excedente de América no habría sido posible el propio mercado mundial y ni siquiera la reorganización política del mundo que fue siguiente a la revolución de los precios*” (Zavaleta, 1985: 42). Y es que en este proceso se juega algo que adquirirá consecuencias definitivas en la conformación del sistema, pues, como afirma el sociólogo boliviano, “es dentro de estos parámetros donde debemos asumir que no sea una casualidad el que las formas democrático-representativas se asentaran en las zonas de mayor retención del excedente mundial porque es algo referido a la vez a la lógica mundial del excedente” (Zavaleta, 1985: 48). El condicional, *dentro de dichos parámetros*, que Zavaleta menciona, debe ser interpretado en una lógica ajena a un comportamiento lineal; antes bien, complejiza las formas de funcionamiento de la totalidad del sistema (en el eje centro-periferia) y los mecanismos a través de los cuales alcanza determinados equilibrios, siempre expuestos a la contingencia e inestabilidad (mediación o mediatización, hegemonía o coerción en el eje capital-trabajo). Esto es, en algunas zonas del sistema tiende a operar de mejor manera la

lógica de relación entre el excedente y la disponibilidad estatal, y en tal medida esta entidad se despliega en su carácter de mediación. No sólo en términos de mediar la transferencia del excedente local hacia las zonas nucleares del sistema, como parece hacerlo el Estado periférico, sino al permitir políticas de redistribución del producto y del excedente, que dan al Estado en los países centrales un carácter hegemónico. No será ocioso citar nuevamente a Zavaleta:

si por mediación se entiende la transformación de la furia del oprimido en una parte del programa del opresor, lo cual es después de todo una relación hegemónica, es obvio que la mediación es tanto más posible cuanto más amplio es el excedente porque representar al estado ante la sociedad y a la sociedad ante el estado es algo que contiene dinero, prebendas o gratificaciones (Zavaleta, 1985: 42).

En el seno de esta conformación, en su doble carácter, como interiorización del capitalismo en el Estado y como reorganización política del mundo, la realidad de los estados nacionales como nodos diseminados de una red de poder global (que nace y recrea permanentemente su condición primigenia de colonialidad) permite una mayor capacidad de reproducción sistémica. La lucha de los explotados por anular su condición de dominación/explotación se ha dirigido históricamente (y no sólo por un espejismo, por una ilusión estatal, sino por el carácter de dicha entidad que subyace a su propia constitución) hacia el control del aparato de poder estatal-nacional, impidiendo de ese modo, o cuanto menos limitando, los alcances de dichos movimientos emancipatorios, rebeldes, de resistencia o anti-sistémicos, en su esfuerzo por cuestionar la real hegemonía del sistema-mundo moderno, que reside en las poderosas fuerzas que gobiernan su acumulación interminable de capital, su inagotable afán de ganancia.

CONTEMPORANEIDAD DE LO NO COETÁNEO Y COLONIALIDAD DEL PODER

*Para que su flor viviera,
dañaron y sorbieron la flor de nosotros*
Del libro del Chilam Balam

*Muchos agravios y molestias hemos recibido de los españoles
por estar vosotros entre nosotros y nosotros entre vosotros*
Carta de los delegados de los indios, reunidos
en Tlacopan (Tacuba) el 2 de mayo de 1556, a Felipe II

Al enfatizar las reflexiones iniciales de Caio Prado Junior acerca de las relaciones entre América Latina y sus antiguas y actuales metrópolis (donde debieran incluirse no sólo las coronas hispano-lusitanas, sino el imperialismo inglés y el norteamericano), signadas por la contradic-

ción entre la contemporaneidad de nacimiento con el propio capitalismo en su fase mercantil, el desfase, por el hecho de que mientras eso ocurría en Europa algunas de nuestras sociedades comenzaban a moverse en torno al trabajo esclavo, o bajo el régimen de encomienda, el economista brasileño Ignacio Rangel propone, para caracterizar el lugar o la especificidad de América Latina en la economía mundial, una genial metáfora expresiva: “contemporaneidad de lo no coetáneo” (citado en Oliveira, 1998: 35). Y es que, en efecto, nuestras sociedades latinoamericanas fueron colocadas en las antípodas de los procesos que conformaron en Europa Occidental el paso de la servidumbre hacia el trabajo libre. Esto mismo queda constatado en la afirmación de Wallerstein: “la periferia (Europa oriental y la América española) utilizaba trabajo forzado (esclavitud y trabajo obligado [del indio] en cultivos para el mercado [mundial]). El centro utilizaba, cada vez más, mano de obra libre” (Wallerstein citado en Dussel, 1997: 86).

Este tipo de contradicción o desfase, este desfase contradictorio, esta especificidad, se constituye con el tiempo en un conjunto de rasgos histórico-estructurales que la naciente teoría social latinoamericana comienza a nombrar con determinadas expresiones que van surgiendo desde las tempranas críticas a la idea del dualismo y la teoría de la modernización. Algunos de estos términos alcanzan el estatuto de conceptos teóricos con impacto mundial: “capitalismo periférico” (Prebisch), “capitalismo colonial” (Bagú), “heterogeneidad estructural” (Pinto), “marginalidad estructural” (Stavenhagen), “masa marginal” (Nun), “subdesarrollo” (Furtado), “dependencia” (Cardoso y Faletto, Dos Santos y Vambirra), “desarrollo del subdesarrollo” (Gunder Frank), “desarrollo desigual y combinado” (Peña, Vitale y Pla), “destrucción de la producción tradicional pre-existente” (Hinkelammert), “superexplotación” (Marini), “acumulación dependiente” (Cueva), “sociedades abigarradas” (Zavaleta Mercado), “colonialismo interno” (González Casanova y Stavenhagen), “colonialismo global” (González Casanova) o, más recientemente, “colonialidad del poder” (Quijano).

En la articulación que se establece entre América Latina y el capitalismo mundial (ya desde su propio nacimiento durante el largo siglo XVI), adquiere un sello de *longue durée* esa permanente tensión entre tiempos sociales con disímiles características. Las complejas relaciones que se establecen como elementos histórico-estructurales entre el centro y la periferia, entre la metrópoli y sus satélites, no son sino expresión de dicha “contemporaneidad de lo no coetáneo”. Tal parece ser el sentido que subyace, creemos, en la así llamada por Quijano “heterogeneidad histórico-estructural del poder”, pues, como él afirma, en la constitución y el desenvolvimiento históricos de América Latina y el capitalismo mundial, colonial y moderno, se establece:

una articulación estructural entre elementos históricamente heterogéneos [...] que provienen de historias específicas y de espacio-tiempos distintos y distantes entre sí, que de ese modo tienen formas y caracteres no sólo diferentes, sino discontinuos, incoherentes y aun conflictivos entre sí, en cada momento y en el largo tiempo (Quijano, 2000a: 347).

Desde su fase más temprana, esta difícil, accidentada y destructiva convivencia en el espacio-tiempo de dos tiempos histórico-sociales distintos adquiere la forma de colonización destructiva de las civilizaciones prehispánicas por parte del Reino de Castilla, que logra abrir la dimensión geográfica del sistema y culmina en la era de los descubrimientos, en ese breve momento histórico que los coloca como el hegemón en ascenso.

La expansión ultramarina de Europa se había iniciado desde 1415, cuando los portugueses capturan el puerto musulmán de Ceuta, sobre el lado africano del Estrecho de Gibraltar; luego vendrán Madeira (1420), Mauritania (1448). Ya en el curso de las expediciones por costas africanas entre 1460 y 1470, aproximadamente, surge la idea de ir directamente hacia las Indias y el Oriente, sin necesidad de recurrir al intermediario árabe. En 1487, los portugueses dan la vuelta al Cabo de Buena Esperanza, que abre la senda en ruta hacia la India, por la costa oriental de África. En 1497, Vasco da Gama inicia el viaje alrededor de dicho Cabo rumbo al África oriental y la costa India de Malabar. También, por ese entonces, los portugueses inician su travesía para cruzar el Atlántico. En 1500 fue su primer desembarco en Brasil, con la expedición de Cabral. Dichas expediciones buscaban dar respuesta a la reducción de excedentes, en el momento en que el surgimiento de nuevos estados exigía una riqueza acrecentada, lo que orilla a los europeos a buscarlos fuera, orientándolos al lugar en donde existía esa riqueza: al este de Bizancio y hacia el este del Islam, esto es, en dirección a Asia. La razón fundamental que empuja a portugueses y españoles hacia ultramar es la obstrucción existente en la senda hacia la riqueza por el lado del Mediterráneo: por los turcos seljúcidas en el lado de Bizancio, y después de 1453 por los turcos otomanos; y por venecianos y genoveses, que se mantenían como importantes agentes del comercio europeo con el Oriente (Wolf, 2000: 115).

El 17 de abril de 1492 (aun antes de que se concretara la llegada de los españoles a América), la Reina Isabel y el Rey Fernando conceden a Cristóbal Colón privilegios de “descubrimiento y conquista”. Un año más tarde, en 1493, el Papa Alejandro VI promulga las “bulas de donación” *Inter Caetera* (entre otras cosas) *I* y *II*, del 3 y 4 de mayo respectivamente, mediante las cuales otorga a los reyes católicos, Isabel de Castilla y Fernando de Aragón, todas las islas y territorios “descubiertos o por descubrir a cien leguas al oeste y hacia el sur de las Azores, en

dirección hacia la India”, que no estuviesen en posesión de algún rey o príncipe cristiano en la Navidad de 1492¹⁷. La usurpación territorial fue santificada por Rodrigo de Borgia en el Vaticano, personaje investido como Alejandro VI, nacido en Valencia, padre de Lucrecia y César Borgia, que cobra fama por su vida licenciosa y corrupta, quien ascendió al trono de San Pedro mediante sobornos, en el mismo año de 1492. Un año más tarde (sin siquiera ser consciente de ello), en su calidad de autoridad del dios omnipotente, al cual decía representar en la tierra, consumaba la expropiación territorial de aproximadamente 42 millones de kilómetros cuadrados, la segunda masa continental más grande del planeta (Pineda, 2003). A esas bulas papales se suma, en el mismo año de 1493, la *Eximiae Devotionis* (del mismo 3 de mayo) que otorga el “privilegio exclusivo de cristianizar a los indios”, con lo cual los monarcas españoles quedaron investidos del carácter de “ricarios apostólicos” (Bagú, 1992: 69), mismos privilegios que los monarcas portugueses tenían sobre determinadas tierras e islas africanas. Las llamadas bulas alejandrinas se complementan con la de 1501, del mismo nombre que la anterior, *Eximiae Devotionis*, que otorga a la Corona el derecho a percibir diezmos y otros ingresos de la Iglesia (Bagú, 1992: 69-70; Mires, 1991: 27-30), y la *Universalis Ecclesiae* del 28 de julio de 1508 (esta ya bajo el papado de Julio II), mediante la cual se concede a los reyes de Castilla el Patronato Universal sobre la Iglesia de Indias. El mismo Julio II, en 1510, ratifica la cesión de diezmos que desde 1501 Alejandro VI había decretado (Soberanes, 2000: 16).

En 1494, Castilla-Argón y Portugal suscriben el Tratado de Tordesillas que traza una línea divisoria a 370 leguas al oeste de las Islas de Cabo Verde. Castilla creía controlar una ruta directa hacia el Oriente, y reclamó todas las tierras al oeste de dicha línea, adquiriendo la mayor parte del Hemisferio Occidental. Portugal, tratando de alejar a los españoles del Atlántico Sur, tomó todas las tierras al este de esa demarcación, y por ello toma posesión de Brasil. El Imperio lusitano, buscando afirmar su hegemonía sobre el sur del Atlántico y sobre el Asia

17 Los antecedentes de las bulas alejandrinas de donación y demarcación se localizan desde tres siglos atrás, cuando Enrique de Susa, *El Ostiense*, cardenal arzobispo de Ostia, sostiene que, conforme al derecho natural y de gentes, los pueblos gentiles tenían jurisdicciones políticas antes de que Cristo viniese al mundo; una vez ocurrido esto, todas las potestades de los pueblos gentiles son transferidas a Cristo, quien según esta doctrina era amo y señor del orbe en el sentido tanto espiritual como temporal. Cristo delegó esa jurisdicción superior en quienes le sucedieron, San Pedro y luego los papas, de manera que estos podían jurídicamente reclamar las jurisdicciones de los infieles, quienes carecían de título para retener lo que el derecho de gentes les concedía antes de que el mundo se dividiera en una zona cristiana y otra infiel. Según esta doctrina, Alejandro VI no hace sino ejecutar un acto que estaba de acuerdo con la doctrina de supeditación de los derechos del mundo infiel a la autoridad cristiana (Zavala, 1972).

monzónica, se demora algo más en consolidar sus pretensiones sobre el “Nuevo Mundo”, mientras que los españoles se apresuran a asegurar los fabulosos tesoros que les deparaban las “Indias”. Desde esos momentos, “todas las luchas por el dominio interno de Europa adoptarían un carácter mundial, puesto que los Estados Europeos tratarán de controlar los océanos y de expulsar a sus competidores de sus posesiones ventajosas en Asia, África y América” (Wolf, 2000: 115-117).

Los pueblos con los cuales se topan los conquistadores, y a los cuales casi aniquilan en el transcurso de las primeras seis décadas posteriores a la llegada de Colón, van a resultar de lo más útiles a los colonizadores, en su condición de mano de obra, por tratarse de comunidades que durante siglos han desarrollado una extraordinaria disciplina en el trabajo y un marcado sentido de la asociación; son las poblaciones que habían alcanzado, en su momento, el más alto grado de civilización por estas tierras. La única economía imperial que existía en las tierras conquistadas por los españoles y portugueses era la incaica; los aztecas en el valle de México, y los mayas extendiéndose desde Yucatán hasta Guatemala, Honduras y El Salvador; funcionaban como confederaciones de tribus. En ambas, no obstante, la comunidad agraria es la célula económico-social fundamental: el *ayllu* peruano y el *calpulli* azteca. La agricultura es la principal fuente de riqueza y descansa sobre el cultivo del maíz. No hay producción considerable para el intercambio, ni conocimiento de la moneda, aunque algunos objetos desempeñen dicha función en forma rudimentaria; tampoco hay venta de la fuerza de trabajo de un individuo hacia otro. Por ello, en aquellas sociedades primitivas, que son las que encuentran los conquistadores, “no hay acumulación de riquezas, en el sentido económico y social que hoy damos a esa expresión” (Bagú, 1992: 15-21). Por el contrario, los recién llegados a América lo hacen estando involucrada Europa Occidental en procesos de resquebrajamiento del orden feudal, y cuando España y Portugal están viviendo los procesos iniciales, pero ya definitivos, de expansión del capital comercial y usurario (cada uno de los cuales está lejos de ser controlado por ibéricos y obra en beneficio de las nacientes clases burguesas de Génova-Venecia y Amsterdam-Alemania) que, según los clásicos, son tan importantes como formas primarias en el desarrollo del capitalismo.

El descubrimiento, conquista y posterior colonización de las Américas registra, entonces, la convivencia en el tiempo de dos órdenes sociales distintos. Sin embargo, las consecuencias de tales sucesos fueron más decisivas, pues, como afirma Stern,

Colón dio comienzo al planteamiento español de soberanía, riqueza y misión americanas. Este planteamiento desató la rivalidad imperial europea y el desastre indígena en América; la unificación de

las historias coloniales en una historia mundial; la construcción del poder y la prosperidad cimentadas en la dominación y la violencia racial, hacia la expansión y predominio globales del Occidente y del capitalismo (Stern, 1992: 27).

Dada su característica primigenia, inscrita en un patrón de dominación/explotación/apropiación en el marco de la expansión mundial de la relación-capital, el proceso de colonización no es sino la expresión del paradigma de la conquista como una “relación de poder que recibió una respuesta” (Stern, 1992: 53). El despliegue en su forma desarrollada de los dispositivos metabólicos del sistema adquiere el carácter colonial, neocolonial o imperialista, y reviste los términos de una contradicción constitutiva de las relaciones sociales entre dominación, de un lado, e insubordinación, del otro. En tal sentido, la conquista de América Latina no es un fenómeno que ocurrió en el siglo XVI, que pertenece al pasado, ni es tampoco un fenómeno que se circunscribe a lo internacional; es un fenómeno de mucho mayor alcance. En primer lugar, es un proceso que llega hasta hoy, aunque con diferentes nombres y en distintas circunstancias¹⁸, en parte porque la conquista es una de las bases de la acumulación de capital; y para acumular capital los dispositivos imperiales e imperialistas del sistema se sirven de los aparatos del Estado dependiente. En segundo lugar, la conquista y el colonialismo son fenómenos tanto internacionales como internos, no se reducen a la dominación y explotación de los indios por españoles y extranjeros, o por criollos y mestizos; también las poblaciones pobres de habla hispana (campesinos, obreros, empleados), en determinados momentos y bajo ciertas circunstancias, son tratadas como poblaciones colonizadas. Por tales motivos, Pablo González Casanova afirma que la conquista implica dominio y desigualdad colonial y neocolonial “de pueblos que en general tienen una cultura diferente de la ‘occidental’, un desarrollo científico y tecnológico inferior al de la sociedad ‘industrial’, y que pertenecen a una raza que ‘no es blanca’” (González Casanova, 1993: 59). Más importante es la conclusión que de todo lo anterior desprende el sociólogo mexicano. Según su interpretación, “el poder de la cultura occidental y de las armas modernas ha sido usado sistemáticamente para producir y reproducir las relaciones coloniales, unas veces en forma abierta y otras en formas disfrazadas o mediatizadas” (González Casanova, 1993: 60). He aquí un análisis que enfatiza el significado profundo de los dispositivos de con-

18 De ahí el llamado de González Casanova a estudiar la conquista en su sentido más amplio, puesto que esta puede asumir las formas de “‘pacificación’, guerra colonial, ‘piratería’, guerra contra el indio, intervención extranjera, cuartelazo, golpe militar, guerra de contra-insurgencia, o la que ha sido llamada ‘guerra interna’, ésta es la que hacen hoy los ejércitos contra sus propios pueblos” (González Casanova, 1993: 59).

quista de pueblos, colectividades y naciones. La ocupación e invasión hispano-lusitanas, como hecho histórico, hereda su impronta en tanto se establecen como permanentes las lógicas que producen y reproducen relaciones coloniales. En otras palabras, lo que no se supera y se mantiene a lo largo de la historia latinoamericana es dicha colonialidad asociada a las relaciones de poder.

Según la bien sustentada interpretación de Quijano, sin tal colonialidad del poder no sería posible entender y explicar la paradójica historia de las relaciones de América Latina dentro del mundo, ni del mundo de las relaciones sociales dentro de América Latina, ni sus recíprocas implicaciones, algunas de cuyas consecuencias serán la acentuación del subdesarrollo y la explotación de nuestra región en cada uno de los progresivos momentos de su periferización (llámense estos desarrollo, modernización, reconversión industrial, ajuste estructural o globalización). Uno de los mecanismos fundamentales para afianzar dicha condición periférica ha sido la sistemática transferencia de excedentes hacia los capitales metropolitanos (o, en su forma moderna, la grandes corporaciones multinacionales) y a los estados centrales (que se apoyan y gestionan sus políticas a través de las instituciones internacionales: las llamadas dos hermanas de Bretton Woods –el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional– y el GATT o, como se le conoce actualmente, Organización Mundial del Comercio). Estas transferencias se constituyen en verdaderas maniobras de apropiación y expropiación de la riqueza social, y como tales no son obstaculizadas sino, al contrario, facilitadas o potenciadas por las burguesías compradoras latinoamericanas en su calidad de asociadas menores, o subordinadas, desde la propia conformación de los mercados y las economías nacionales, y desde el nacimiento de los estados oligárquicos latinoamericanos (Kaplan, 1970), una de cuyas bases fue la permanente renovación del viejo pacto colonial (Halperin Donghi, 1993), y el establecimiento duradero de un auténtico “estado de imposición tributaria”.

En el apartado siguiente haremos referencia a las características de estos procesos de extracción, apropiación y transferencias de excedente, en el marco de las articulaciones de América Latina en la conformación de la economía-mundo capitalista, desde el largo siglo XVI hasta los procesos más recientes, en el umbral del siglo XXI. Sin embargo, como pretendemos argumentar más adelante, este tipo de procesos no se establecen como actuando por encima o separadamente, sino que se instrumentan al interior de la propia constitución de las relaciones sociales, en el marco del antagonismo conflictivo entre dominación e insubordinación; en la pugna entre un patrón de dominación/explotación/apropiación desplegado por los explotadores internos y externos, y las luchas de resistencia de los de abajo que intentan construir nuevas relaciones sociales en un patrón de democracia/sustento/disponibilidad. En el plano de esta dia-

léctica, las transferencias de excedente pueden ser vistas, incluso, como formas de mediación y mediatización de dichas contradicciones. Esta pretensión, sin embargo, nos coloca en el umbral de otro desafío (que, no obstante, queda fuera de las posibilidades de este trabajo), pues adquiere el significado de ensayar las posibilidades de una nueva interpretación de la historia latinoamericana, y de su propia periodización, para avanzar desde el esquema tradicional hacia otro cuyos cortes se localicen en las grandes fases que abren ciclos seculares en el marco del propio sistema mundial con consecuencias definitivas para América Latina.

BREVE REPASO SOBRE LA EXTRACCIÓN, APROPIACIÓN Y TRANSFERENCIA DE EXCEDENTES EN AMÉRICA LATINA

La división internacional del trabajo consiste en que unos países se especializan en ganar y otros en perder. Nuestra comarca del mundo, que hoy llamamos América Latina, fue precoz: se especializó en perder desde los remotos tiempos en que los europeos del Renacimiento se abalanzaron a través del mar y le hundieron los dientes en la garganta. Pasaron los siglos y América Latina perfeccionó sus funciones

Eduardo Galeano

Los alcances de este tema se encuentran emparentados fuertemente con dos grandes controversias que han ocupado, en el primer caso, las reflexiones que están teniendo lugar en el propio trayecto de construcción de las ciencias sociales latinoamericanas, y que en definitiva dieron lugar a afirmar que estas alcanzaron su “mayoría de edad” (Cueva, 1981: 109). En lo que respecta a la segunda polémica, ocupa las discusiones de algunos de los mayores exponentes de la tradición marxista en el terreno de la historia, y desarrolla el debate pionero que la ciencia social latinoamericana había colocado en la agenda de discusión, dándole ya de modo definitivo una trascendencia y proyecciones mundiales¹⁹.

LA CIENCIA SOCIAL LATINOAMERICANA Y SU DISCUSIÓN ACERCA DEL CAPITALISMO

Las mutaciones y debates que experimenta la ciencia social latinoamericana (durante las décadas del sesenta y setenta) no hacen sino mani-

19 Nos referimos, por supuesto, a la crítica que Robert Brenner intentó asestar al esquema histórico, teórico y metodológico de Immanuel Wallerstein acerca del desarrollo del capitalismo, que se localiza en la trilogía del segundo sobre *El moderno sistema mundial* (Wallerstein, 1979; 1984; 1998). Las críticas de Brenner se detallan en un artículo de 1979, que junto con el de Theda Skocpol (1977) constituyen dos de las más severas imputaciones a Wallerstein. Una reciente referencia a este debate se encuentra en Arrighi (2002). De más tiempo atrás data la toma de posición en este debate por parte de Robert A. Denemark y Kenneth P. Thomas (Denemark y Thomas, 1989).

festar en el plano teórico las profundas convulsiones que vive la región en su conjunto luego de la Revolución Cubana y la puesta al día de la apertura de futuro en cuanto a transformación social y recambio político. En el ámbito de la construcción de teoría, la crisis se sitúa en el campo de la autodenominada “sociología científica” y modernizante (que siempre se movió en el terreno y la lógica de la teoría del desarrollo, vista esta desde la oposición entre tradición y modernización, cuya mayor difusión se alcanzó en el período inmediato posterior a la segunda posguerra; el representante más destacado de esta visión fue, sin duda, Gino Germani). La otra escuela que fue impactada por aquellas transformaciones es la de la concepción del desarrollo latinoamericano asociada a la CEPAL. Esta asiste a un desplazamiento de su programa de investigación desde sus posiciones nacionalistas y populares originales hacia un cierto tipo de “reformismo modernizante” (González Casanova, 1978a), que no hace sino manifestar ciertas coincidencias con algunos planteamientos que desde la Alianza para el Progreso (ALPRO) plasman las proyecciones hemisféricas de la *Pax Americana* durante las maniobras contrarrevolucionarias de la administración Kennedy, en medio de una disputa profunda que tiende a confrontar al imperialismo norteamericano a través de los proyectos de liberación nacional²⁰.

Los progresos en el plano del pensamiento social latinoamericano no sólo acompañan la agudización del conflicto social que está ocurriendo en la mayoría de nuestros países, sino que dotan a las fuerzas sociales impugnadoras del orden dominante de una suerte de promesa social de intervención humana racional en la construcción de su propia historia, con fundamento en conocimientos científicamente adquiridos. No es sólo en el plano teórico donde se comienzan a confrontar los problemas del desarrollo y el subdesarrollo, las vías y los mecanismos más adecuados para el cambio social, la profundidad y los límites que este habría de tener (ya no vistos desde el esquema tradicional que anteponía el *atraso* de nuestras sociedades a la aplicación de una serie de teorías y conceptos incubados para otras realidades sociales). Son también los profundos cuestionamientos de los intereses del orden dominante los que harán surgir esquemas teórico-conceptuales, conceptos

20 El proyecto de la ALPRO no agotaba la geopolítica norteamericana para la región; la propia administración Kennedy se pronuncia por canalizar los descontentos populares a través de lo que los técnicos norteamericanos llamaban la “guerra interna” o “guerra política”, luego de lo cual cada vez cobró más importancia el estudio de la “psicología de la inconformidad” y se comenzó a acentuar la necesidad de asegurar el statu quo. Esta es la misma intención que se prefigurará años más tarde en los énfasis puestos por la Comisión Trilateral en los problemas de la ingobernabilidad como los más ingentes de la región. En cada uno de estos estudios se sentía la presión de la lucha y el espíritu de movilización y protesta de la revolución cubana, los movimientos de liberación nacional y la revolución mundial del ‘68 (González Casanova, 1973).

y categorías críticas que darán lugar a las formulaciones alternativas. Sin embargo, la superación definitiva del dualismo no surgirá de los esquemas más desarrollistas²¹, puesto que en estos los límites se localizan en su propia predisposición teórica, ya que analizan los problemas del crecimiento y la acumulación de capital exclusivamente como efecto de la mala distribución de la riqueza y el deterioro de los términos del intercambio; y aunque los esfuerzos *cepalinos* se plantean como un programa para la acción estatal, siguen siendo tributarios del esquema teórico neoclásico, y dan por resultado un “híbrido de naturaleza dual (estructuralismo y neoclasicismo)” (Del Búfalo, 2002: 98).

La ruptura definitiva del marco interpretativo modernización-tradición vendrá de la mano de la reflexión sobre los problemas del desarrollo-subdesarrollo, pero cuando esta comienza a ampliar y profundizar sus perspectivas (dotándolas, incluso, de una necesaria dimensión histórica). El esquema teórico del dualismo social postula “una teoría para una parte de lo que ha sido un sistema mundial económico y social durante medio milenio [y construye] otro patrón y otra teoría para la otra parte de este mundo” (Frank, 1971a: 96). Las consecuencias de este enfoque no se detienen en el plano teórico sino que cobran forma como sugerencias políticas; puesto que se termina sugiriendo que una parte del sistema (Europa Occidental y América del Norte) “difunde y ayuda a desarrollar la otra parte” (Frank, 1971a: 96) (Asia, África y América del Sur), y “que el despliegue por parte de los países subdesarrollados y sus metrópolis nacionales está obstaculizado por el freno que representan entre ellos sus lentas y atrasadas regiones interiores” (Frank, 1971a: 96). Por el contrario, el esquema sugerido por Andre Gunder Frank²², propone ya desde 1966 estudiar el subdesarrollo latinoamericano como “el resultado de su participación secular en el proceso del desarrollo capitalista mundial” (Frank, 1971b: 106), con lo cual se trata de superar las aporías detectadas en la sociología convencional del desarrollo: “El sistema social que es hoy la determinante del subdesarrollo no es, de ninguna manera, ni la familia, ni la tribu, ni la comunidad, ni una parte de la sociedad dual, ni incluso [...] ningún país o países subdesarrollados tomados por sí mismos” (Frank, 1971a: 28), sino la unidad conformada por el sistema capitalista en su conjunto.

21 Como sostendrá uno de sus más enconados críticos, “las distintas corrientes llamadas desarrollistas [...] suponían que los problemas económicos y sociales que aquejaban a la formación social latinoamericana se debían a una insuficiencia de su desarrollo capitalista, y que la aceleración de éste bastaría para hacerlos desaparecer” (Marini, 1973: 57).

22 Habiendo nacido en Berlín en 1929, y habiéndose formado en Economía en la escuela de Chicago –en momentos en que son muy influyentes tanto Friedman como Haberler–, desarrollará, sin embargo, el grueso de su pionera propuesta crítica en América Latina, región en la que ejerce su actividad desde 1962 hasta el golpe militar de Chile en 1973.

La ampliación del enfoque de los problemas del desarrollo-subdesarrollo derivará, además, de incluir en el análisis a un actor que está adquiriendo una presencia cada vez más importante: el imperalismo norteamericano, cuyos instrumentos de actuación no son exclusivamente económicos, sino también políticos, diplomático-militares, e incluso culturales. De tal modo que esta redefinición de los temas del desarrollo y el subdesarrollo o, si se prefiere, del desarrollo del subdesarrollo comienza a nutrirse de la tradición vinculada al estudio de las teorías del imperialismo. Tanto de los teóricos de la II Internacional (Bujarin, Lenin, Hilferding, Luxemburgo, etc.), como de algunos de sus mayores representantes posteriores en EE.UU. (Baran, Sweezy, Magdoff), quienes emprendieron críticas severas a los esquemas convencionales del comercio internacional y a las teorías neoclásicas²³.

Las imputaciones en este terreno no se reducen a los esquemas modernizantes que explican las *sociedades atrasadas* desde un enfoque muy influido por la antropología cultural (que opone lo tradicional a lo moderno). No es casualidad que la crítica más severa a los enfoques dualistas difusionistas vaya de la mano de los planteos de Gunder Frank, quien desarrolla, en todas sus consecuencias, la ruptura con dichos enfoques antropológicos, ya presente en los trabajos pioneros de Robert Redfield (Frank, 1971a: 28). Las críticas tampoco se restringen a los *desarrollismos estructuralistas* que, si bien explican los problemas de nuestras sociedades como problemas estructurales, y en tal medida caracterizan como posible alcanzar el desarrollo a condición de llevar a cabo importantes *reformas estructurales* (agraria, tributaria, administrativa, renegociación de los términos del intercambio, políticas adecuadas de sustitución de importaciones), sin embargo *adolescen del mantenimiento de la perspectiva modernizadora que hace aparecer el dualismo estructural en una perspectiva política en la que es posible llevar a cabo una transición de lo tradicional a lo moderno en formas más ordenadas, menos traumáticas*, siempre y cuando se influya en la dinámica interna de nuestras sociedades. Ambos enfoques, como lo planteó también Gunder Frank, no hacían sino expresar con elocuencia que los “dualistas [...] resultan unos esquizofrénicos intelectuales y políticos” (Frank, 1971a: 97). Los nuevos enfoques también pretenden llevar a cabo una severa crítica de las posturas del llamado “marxismo tradicional” vinculado a la III Internacional, ya bajo el control de Stalin, que llegó también a sostener su propio dualismo, esta vez afirmando que en nuestras sociedades se registraba la convivencia del modo de pro-

23 No es por azar que la edición original en inglés del más influyente ensayo de Gunder Frank, “El desarrollo del subdesarrollo”, ocurra precisamente en EE.UU., en la *Monthly Review*, el órgano de difusión de dicha escuela.

ducción feudal y el capitalismo. Políticamente dichas propuestas eran sintetizadas por los partidos comunistas, bajo la directriz del PCUS, en su insistencia en las alianzas obrero-campesina y populares con la “burguesía nacional” (Sonntag, 1989). Esta política venía siendo instrumentada desde mediados de la década del treinta, cuando la III Internacional adoptó, como resolución de su VII Congreso, en 1935, la línea del “Frente popular”²⁴.

El siguiente período de evolución de nuestras ciencias sociales registra la aparición vigorosa de la categoría de dependencia, y estará signado por las venturas y desventuras de la ampliación de estos esfuerzos hacia su pretensión de encumbrarlos con estatuto teórico, o aun de ver dichos enfoques como un verdadero corte paradigmático. El énfasis en la dependencia surge, según uno de sus primeros promotores, a partir de una descripción más completa de la estructura de los países latinoamericanos. Mediante ella se pretendía lograr una superación del concepto de subdesarrollo, ya que este “se había mostrado más bien estático en cuanto a que es un término de comparación con otra situación a la que se considera desarrollada” (Faletto, 1979: 41). A diferencia de las concepciones criticadas, el elemento explicativo de la noción de dependencia está constituido por la “subordinación de las estructuras económicas (y no sólo de ellas, puesto que hay otras que la refuerzan y la hacen posible: política, cultura) al centro hegemónico” (Faletto, 1979: 41). En voz de Fernando H. Cardoso, la explicación de la problemática de los países dependientes tiene como base la comprensión del modo de combinación entre las dimensiones que tipifican “las relaciones entre grupos y clases internas y las relaciones de dominación-subordinación entre países en el contexto de las relaciones que caracterizan al sistema capitalista internacional” (Cardoso y Weffort, 1973: 54)²⁵. El énfasis en este segundo elemento (“relaciones entre países”) prevalecerá sobre la problemática de las clases sociales y de la relación social determinada de explotación –González Casanova se propone analizar a esta última ya desde su libro *Sociología de la explotación* (González Casanova, 1969): “la explotación de clases y regiones internacionales e internas” (González Casanova, 1978a: 15). Sin embargo, como él mismo recono-

24 Una de las críticas más fundamentadas a la línea política de los partidos comunistas fue la que desde inicios de los sesenta les dirigió José Revueltas en su aún no superado *Ensayo sobre un proletariado sin cabeza* (Revueltas, 1982).

25 De hecho, en un texto anterior escrito con Enzo Faletto, el propio Cardoso manifiesta de manera más clara la predominancia de lo externo, y reduce lo interno a alianzas políticas: “[...] al considerar la ‘situación de dependencia’ en el análisis del desarrollo latinoamericano lo que se pretende poner de manifiesto es que el modo de integración de las economías nacionales al mercado internacional supone formas definidas y distintas de interrelación de los grupos sociales de cada país, entre sí y con los grupos externos” (Cardoso y Faletto, 1979: 28).

ce, su propuesta “apareció todavía a un nivel de excesiva abstracción [...] con un enfoque sistemático que prevaleció sobre el histórico” (González Casanova, 1978a: 15). Una debilidad adicional del enfoque, y en cierto sentido su reformulación en una teoría del desarrollo desigual de la acumulación en escala mundial, es la señalada por Samir Amin cuando apunta:

la distinción fuerzas internas/fuerzas externas es [...] artificial y reduccionista: todas las fuerzas sociales son internas desde el momento en que la unidad de análisis es el sistema mundial y no solamente sus componentes locales [...] Una rápida definición de la asimetría que caracteriza la relación centro-periferia podría ser la siguiente: en los centros, el proceso de acumulación de capital está guiado principalmente por la dinámica de las relaciones sociales internas, reforzada por unas relaciones exteriores puestas a su servicio; en las periferias, el proceso de acumulación del capital se deriva principalmente de la evolución de los centros, inserta sobre ésta y en cierto modo “dependiente” (Amin, 1989: 26).

Desde las más tempranas críticas (Weffort, 1994) se señaló que, aunque “se intentaba ligar lo externo y lo interno” (Faletto, 1979: 41) la noción de dependencia, en cualquiera de sus acepciones, oscila irremediablemente “entre un enfoque nacional y un enfoque de clase” (Weffort, 1994: 99). Otros autores irán más lejos al señalar las limitaciones de un enfoque en que predomina la categoría dependencia por encima de la categoría explotación, la nación por arriba de la clase. Y es que, en efecto, los aportes de la “teoría de la dependencia”, o del dependentismo, siguen manteniéndose circunscriptos, si no en sus exponentes más importantes (Marini), sí en los que alcanzan la mayor difusión (Cardoso), dentro del esquema del desarrollo, del que son “tanto una negación como una prolongación” (Cueva, 1981: 112), a decir de uno de sus acérrimos críticos. La cuestión de la dependencia (en su vertiente desarrollista) tiende a ser vista en el marco de los problemas para alcanzar el desarrollo. De hecho, Cardoso y Faletto, en el Poscriptum de 1978 a su libro *Dependencia y desarrollo en América Latina*, afirman sin ambages que, “a pesar de los condicionamientos impuestos por la situación de dependencia, *los países más desarrollados de la región* procuran definir objetivos de política externa que, si no son expresión acabada de una política independiente [...] indican que algunos estados nacionales *intentan ejercer su soberanía y obtener provecho de las contradicciones del orden internacional*” (Cardoso y Faletto, 1979: 190). Habiendo sido una de las prominentes figuras de la escuela de la dependencia, el que fuera presidente de Brasil, Fernando H. Cardoso, expresó de manera ecuaníme (una vez que ya había abrazado de manera militante la causa del neoliberalismo) lo que ya desde su Poscriptum aparecía en germen:

“considerábamos que la manera en que estábamos integrados en el sistema capitalista mundial era la causa de nuestras dificultades a la hora de alcanzar el desarrollo [...] Hoy día [los sociólogos latinoamericanos, yo entre ellos] identifican la integración y la participación en el sistema internacional con la solución de sus problemas en lugar de con la causa de sus dificultades” (Cardoso, 1994: 12).

Las limitaciones propias de este enfoque derivan del modo en que se plantea la pregunta; no se trata de alcanzar el desarrollo “a secas”, de si puede o no haber desarrollo, sino de averiguar las características del desarrollo del modo de producción capitalista en la región; se trata de indagar las especificidades (si es que las había) en la articulación con o en la conformación del capitalismo mundial a lo largo de su historia, y de las consecuencias que tiene para la región latinoamericana. El no profundizar en estas cuestiones impide a los autores encuadrados en este marco conceptual (dependentismo desarrollista) analizar como cuestión central los problemas de dominación-explotación-apropiación que acompañan el despliegue del capitalismo como sistema mundial.

Tales limitaciones de la que fue la escuela dominante en la región durante la década del setenta proceden de colocar la insistencia en el tema del imperialismo no como un problema de clase con expresiones de explotación, acumulación y apropiación del excedente (que se jugaba en el marco de conformación de lo que los marxistas de la II Internacional comienzan a nombrar como la “economía mundial”), sino como problemas que resultan de la dominación externa de nuestros países, en donde la “visibilidad privilegiada” de dicho dominio se localiza “en el intercambio y en el control de las decisiones políticas” (Cueva, 1981)²⁶. Consecuencia de ello es que, en sus versiones más desarrollistas, el dependentismo consagra como el gran protagonista de la historia a las burguesías u oligarquías o a las capas medias; los sectores populares aparecen como una masa amorfa y manipulable, sea por caudillos o por movimientos populistas (Cueva, 1979: 109). En una formulación que ya no expresa al pensamiento social latinoamericano en su etapa formativa, sino en su estado de consistencia, René Zavaleta elevó su crítica a estos enfoques afirmando que, “en cuanto a la estructura de la dependencia, es claro que su exageración convertiría a la historia en un círculo cerrado en el que lo dependiente no debería producir sino dependencia: no existirían las historias nacionales” (Zavaleta, 1985: 13).

²⁶ Parece tener razón Cueva al afirmar que estos enfoques de la dependencia estuvieron muy influidos por los temas del capítulo 5 del libro de Paul Baran *La economía política del crecimiento*, que se centran en “Las raíces del atraso”, dejando en segundo plano las problemáticas referidas al tema del excedente económico, y que brindaban buenas posibilidades heurísticas si se relacionaban con la dimensión mundial del capitalismo y con la estrecha relación entre las categorías de clase y nación (Cueva, 1981: 109-125).

Los esfuerzos más serios de profundización teórica en este terreno, y que pretendieron avanzar en los problemas de la “exterioridad-interioridad de la dependencia” (Quijano, 1981), con el fin de no agotarlos en lo nacional, sino avanzar en la inclusión de una perspectiva de clase, terminaron siendo, sin embargo, encasillados también en el debate verdaderamente esquematizado entre endogenismo y exogenismo en el desarrollo del capitalismo latinoamericano (en este caso, el escenario de confrontación estuvo dominado por el debate entre la escuela marxista de la dependencia en voz de Marini y los planteos críticos de Cueva).

Ruy Mauro Marini pretendía despojar al enfoque de las características funcional-desarrollistas que lo habían acompañado desde su gestación, analizando las relaciones capitalistas “en la perspectiva del sistema en su conjunto, tanto a nivel nacional como, y principalmente, a nivel internacional” (Marini, 1973: 14). La visibilidad privilegiada se dirigía en este caso a “las funciones que cumple América Latina en la economía capitalista mundial” (Marini, 1973: 22). De este modo, consigue operar un cuádruple desplazamiento categorial: del “sector externo” al “mercado mundial”, de la “circulación” a la “producción”, de los “términos del intercambio” a la “superexplotación del trabajo” y, finalmente, de la “economía nacional” al “sistema en su conjunto”. Por muy válidas que hubieran sido las imputaciones de Agustín Cueva al autor de *Dialéctica de la dependencia*, las mismas se limitan a insistir en el tema de la “articulación de modos de producción” y a identificar la “respuesta endógena a los requerimientos procedentes del exterior” (Cueva, 1994: 76), o bien los casos en que la “acumulación originaria se realiza con la directa intervención de fuerzas exógenas” (Cueva, 1994: 76).

Desafortunadamente, fueron los menos aquellos esfuerzos de conceptualización que pudieron haber otorgado o que pudieron haber contribuido, como diría Zavaleta, a una mayor “acumulación teórica”, a través de profundizar en lo más valioso de este debate: “la afirmación de una perspectiva totalizadora del conocimiento científico-social; la historización de la perspectiva; la búsqueda de la especificidad histórica y la explicación de los límites de las categorías usadas desde una postura eurocentrista” (Quijano, 1981: 235). Estos propósitos fueron ensombrecidos a lo largo del período que se abre en toda la región desde los años ochenta. Sin embargo, sus resonancias se trasladan hacia fuera y muestran la influencia que adquiere el debate anterior de la ciencia social latinoamericana en la conformación del debate más granado de la sociología histórica y las teorizaciones del sistema-mundo. Mientras tanto, en nuestra región está ocurriendo algo muy distinto. Durante estos años se verifica una auténtica colonización de las ciencias sociales del continente por las temáticas que en el ámbito internacional están signadas por la crisis de los paradigmas, y el agotamiento de los grandes discursos y los proyectos emancipatorios, fruto

de un estado de ánimo cultural de talante postmoderno. Este contexto es bien resumido en frases como la siguiente y que van a adquirir una gran repercusión, más que como tema a estudiar como premisa de investigación: “si la revolución es el eje articulador de la discusión latinoamericana en la década del sesenta, en los ochenta el tema central es la *democracia*” (Lechner, 1990: 18).

REPERCUSIONES DE UN DEBATE PIONERO

Hacemos referencia al pretendido *debate* acerca de la transición del feudalismo al capitalismo entre *Immanuel Wallerstein* y *Robert Brenner*, que recupera en otro terreno la discusión clásica entre Maurice Dobb y Paul Sweezy, pero que, sin duda, *desarrolla en sus consecuencias los aportes que estaban en ciernes en el debate latinoamericano*²⁷.

La posición asumida por Wallerstein en esta polémica es producto o consecuencia de su pretensión de poner en cuestión “la unidad de análisis” que desde su origen y hasta mediados del siglo XIX se había impuesto en la investigación sociológica²⁸: la propuesta de análisis de los sistemas mundiales surge como una protesta intelectual, moral y política a la ciencia social que se hereda del siglo XIX y que sigue no sólo vigente, sino que es dominante en los tiempos actuales. Esta puesta en cuestión de la unidad de análisis opera un doble desplazamiento: en primer término, de la “sociedad” al “sistema histórico” (sustitución semántica pero que persigue como fin separar al primer término de su ligazón con el Estado, y afirmar una entidad que es “a la vez sistemática e histórica”) y, en segundo lugar, la afirmación de la economía-mundo capitalista como unidad de análisis del sistema mundial moderno.

Según el argumento de Wallerstein, el sistema-mundo moderno, si no es el único sistema histórico, sí es el primero que se organizó y consolidó como una economía-mundo capitalista. Si en sus inicios se forma y desenvuelve en Europa (economía-mundo europea, de base mediterránea), su lógica interna –la vocación global del capital o, como dice Samir Amin, la “*expansión mundial polarizante del capitalismo*” (Amin, 1989: 8)– lo impulsa al ensanchamiento de sus fronteras externas; en tal dirección cobra significado la afirmación de Wallerstein en el sentido de que “los continentes históricos no son necesariamente geográficos” (Wallerstein, 1979: 94). La economía-mundo capitalista es un sistema socialmente estructurado por una división axial integrada. Su principio rector es la acumulación de capital. Sus características son la división mundial del trabajo, la relación entre capital mundial y fuerza de tra-

27 Tal es la opinión, por cierto, sustentada en una exhaustiva revisión bibliográfica, que desde otro ángulo constituyó la postura ante este debate por parte de Steve J. Stern (Stern, 1987).

28 Posición coincidente con lo planteado por Charles Tilly (1991).

bajo mundial, la relación centro-periferia entre, de un lado, los sectores más monopolizados de producción y, del otro, los más competitivos, elementos estos que posibilitan la transferencia del plusvalor de las formaciones sociales o las regiones periféricas a los sectores, formaciones sociales o regiones centrales, y de los asalariados a los no asalariados. La acumulación interminable de capital se finca en el hecho de hacer posible “el flujo de excedente desde los estratos inferiores a los superiores, de la periferia al centro, de la mayoría a la minoría” (Wallerstein, 1979: 22). Para ello, el capitalista recurre al expediente de la tecnología, como al del mercado o el Estado. Este último aparece no tanto como una superestructura política excesivamente engorrosa (como lo sería en el caso de los “imperios mundiales”), ni tampoco como la empresa económica central sino como el medio para asegurar ciertos términos de intercambio en un sinnúmero de transacciones económicas. El Estado como entidad de mediación-dominación, o como forma social que fetichiza los intereses de dominación como intereses generales, utiliza su energía política (su poder) para asegurar derechos monopolísticos en el marco de las relaciones internacionales entre estados (en el marco del sistema interestatal de Estados). De tal modo que el capitalismo aparece como una estructura más avanzada que otros sistemas históricos que se han conocido en la historia de la humanidad (“minisistemas” e “imperios mundiales”) por el hecho de que ofrece “una fuente alternativa y más lucrativa de apropiación del excedente” (Wallerstein, 1979: 23).

Con este horizonte de visibilidad que le otorga tal ampliación de la unidad de análisis, cobran legitimidad las afirmaciones de Wallerstein que se relacionan con la temática que nos interesa. En efecto, para Wallerstein “las ‘relaciones de producción’ que definen un sistema son las ‘relaciones de producción’ del sistema en su conjunto” (Wallerstein, 1979: 179), esto es, de la economía-mundo capitalista. De tal modo que para la expansión de la economía-mundo europea hasta comprender al globo entero y controlar el poder estatal y social de los estados clave en el umbral del siglo XVIII y XIX, fue primordial la capacidad de extracción, apropiación y transferencia del excedente de las zonas periféricas y semiperiféricas hacia las del centro. Tales modalidades de explotación incluyen el suministro de metales preciosos, oro y plata, y las diversas formas de control del trabajo que permiten una división geográfica de las tareas ocupacionales y una división jerárquica de las funciones laborales. En conclusión: “no fueron sólo el oro y la plata, sino el oro y la plata en el contexto de una economía-mundo capitalista, lo que resultó crucial” para el impulso de la expansión” (Wallerstein, 1979: 103). De otra parte, la economía-mundo europea que comienza a crearse en el largo siglo XVI, y que empieza a fundarse en métodos capitalistas, supone:

una división del trabajo productivo que sólo puede ser debidamente apreciada tomando en consideración la economía-mundo en su totalidad. La emergencia de un sector industrial fue importante pero lo que lo hizo posible fue la transformación de la actividad agrícola de las formas feudales a las capitalistas. No todas estas “formas” capitalistas estaban basadas en mano de obra “libre”: sólo las del centro de la economía [...] El trabajo libre es, en efecto, un carácter definitorio del capitalismo, pero no el trabajo libre en todas las empresas productivas. El trabajo libre es la forma de control del trabajo utilizada para el trabajo cualificado en los países del centro, mientras que el trabajo obligado se utiliza para el trabajo menos especializado en las áreas periféricas (Wallerstein, 1979: 178-179).

Diferente es la apreciación del fenómeno que se desprende de la argumentación del historiador marxista estadounidense Robert Brenner, quien pretende fundamentar su explicación del desarrollo del capitalismo en las modificaciones al interior de la estructura de clase. El sentido polémico de su ensayo se percibe ya desde su propio título, “Los orígenes del desarrollo capitalista: crítica del marxismo neosmithiano” (Brenner, 1979), pues pretende marcar distancia no sólo con Wallerstein, sino con quien considera su inspirador: Andre Gunder Frank. Este último escribió un texto cuyo título es “Raíces del desarrollo y el subdesarrollo en el nuevo mundo: Smith y Marx contra los weberianos” (Frank, 1979) alrededor del cual, aunque no exclusivamente, girará la argumentación y crítica que Brenner pretende dirigir hacia Wallerstein y Gunder Frank, considerándolos peyorativamente como circulacionistas, más influidos en su análisis por el Smith de *La riqueza de las naciones* que por el Marx de *El Capital*. La premisa del examen de Brenner es que “el análisis del desarrollo económico capitalista requiere, en primer lugar, comprender la forma en que se originaron las relaciones sociales de producción capitalista que apuntalan la acumulación del capital en gran escala” (Brenner, 1979: 59). La falencia del enfoque que pretende criticar Brenner estriba, según él, en la ausencia de explicación acerca de “los orígenes y la estructura del propio desarrollo capitalista”, por centrarse preferentemente en “las raíces del subdesarrollo”, que son encontradas en la “aparición de una ‘red comercial’ mundial que se transformó en un sistema capitalista mercantil” (Brenner, 1979: 108). Según Brenner, con este proceder Andre Gunder Frank sentó las bases para dejar de situar “la dinámica del desarrollo capitalista en un proceso de acumulación del capital autoexpansivo mediante la innovación en el centro mismo” (Brenner, 1979: 63), pues opta por afirmar que la acumulación en el centro mismo depende de la cadena de apropiación del excedente, del proceso de creación de excedente en la periferia y su transferencia hacia el centro, y de la imposición, sobre la periferia,

de una economía productora de materias primas y dependiente de la exportación que satisfaga las exigencias de producción y consumo en el centro.

En la argumentación de Brenner,

lo que [...] explica el desarrollo económico capitalista es que la estructura de clases (propiedad/extracción del excedente) de la *economía como un todo* determina que la reproducción que las “unidades” que la componen llevan a cabo dependa de su capacidad de aumentar su producción (acumular) y desarrollar por consiguiente sus fuerzas de producción a fin de aumentar la productividad del trabajo, abaratando así sus mercancías [Por tal motivo] el problema histórico de los orígenes del desarrollo económico capitalista en relación con los modos precapitalistas de producción se convierte en el problema del origen del sistema de propiedad/extracción de plusvalor (sistema de clases) del trabajo asalariado libre: el proceso histórico por el que la fuerza de trabajo y los medios de producción se convierten en mercancías (Brenner, 1979: 69).

La posición asumida por Brenner no deriva exclusivamente del horizonte de visibilidad que le otorga su unidad de análisis (lo que entiende por “economía como un todo”, y que queda circunscripta al Estado-nación), sino del lugar o criterio donde coloca la determinación del proceso. Brenner critica a Wallerstein (y, con ello, también a Frank) en que “resulta difícil distinguir la aparición de la economía capitalista mundial en el siglo XVI –el nacimiento de la división mundial del trabajo que surgió con los grandes descubrimientos y la expansión de las rutas comerciales– de la aparición de un sistema de trabajo asalariado, y pretende que éste deriva de aquella” (Brenner, 1979: 69-70). Es decir, en una jerga de raigambre muy ortodoxa entre los economistas, Brenner pretende criticar la supuesta concepción de que la circulación determina a la producción²⁹, con lo cual desmorona su argumento, en términos del entendimiento dialéctico y contradictorio de la conformación del capitalismo mundial.

La afirmación polémica de Wallerstein en su artículo de 1974 que Brenner destaca como contradictoria, “el capitalismo y la economía-mundo (esto es, una sola división del trabajo, pero múltiples culturas y administraciones) son las dos caras de una misma moneda” (citado en Brenner, 1979: 103), parece sugerir (como ha señalado recientemente

29 Robert A. Denemark y K. P. Thomas (Denemark y Thomas, 1989: 123) apuntan que estas críticas a Wallerstein cuestionan “el papel dominante del comercio en su análisis”. Este último se limita a señalar años más tarde: “hace 20 o 25 años, había muchas personas que me decían: ‘Tú eres mercantilista, circulacionista’, subrayando una división entre la producción y la circulación. Para mí la separación es completamente falsa” (Wallerstein, 1999: 12).

Giovanni Arrighi en su reflexión sobre este debate) que todas las economías-mundo son capitalistas. Arrighi le otorga legitimidad a la crítica de Brenner y Skocpol, pues, en su consideración, Wallerstein, al estudiar el largo siglo XVI, se ocupa preferentemente de especificar por qué la economía-mundo europea no deriva en imperio-mundo o se encamina hacia su desintegración, cuando debió ocuparse de explicar “si el capitalismo basta para diferenciar la economía-mundo moderna de la premoderna y, en este contexto, cómo y por qué la economía-mundo del precapitalismo europeo fue transformada en una economía-mundo capitalista, ya que desde ahí podría haber ofrecido una explicación concisa y convincente del extraordinario avance expansionista del sistema-mundo moderno” (Arrighi, 2002: 21). Dicha apreciación resulta sorprendente no sólo por quién la formula, un destacado miembro de la corriente de análisis del sistema-mundo, sino porque no lleva a sus últimas consecuencias el argumento de Brenner, que se sitúa en un nivel (Estado-nación, modo de producción) y unidad de análisis (estructura de clase) diferentes al de Wallerstein (sistema-mundo y economía-mundo capitalista, respectivamente). Este último, años después, trató de aclarar este tema en otro de sus escritos: “esta economía-mundo moderna ha tenido un modo capitalista de producción, es decir, su economía ha estado dominada por quienes operan sobre la base de la acumulación ilimitada [...] podemos sospechar que los dos fenómenos están teóricamente ligados: que, para sobrevivir, una economía-mundo debe tener un modo capitalista de producción, e inversamente que el capitalismo sólo puede ser el modo de producción de un sistema que tenga la forma de una economía-mundo (una división del trabajo más extensa que cualquier entidad política)” (Wallerstein, 1983: 69-70). Creemos que, aun esta formulación, para ser comprendida, requiere asumir su complejidad dialéctica: los analistas del sistema-mundo no hacen sino toparse de frente con algo que el propio Arrighi señala correctamente: “las relaciones y conflictos clasistas no son reductibles a relaciones centro-periferia, tal y como estas últimas no son reductibles a las relaciones y conflictos clasistas” (Arrighi, 2002: 23). Apreciación esta última de la que ya se había hecho consciente el pensamiento social latinoamericano (en sus más notables exponentes), a la cual habría accedido desde otro camino, cuanto menos con uno o dos lustros de anticipación: cuando se interrogó sobre los alcances del conflicto nacional y el conflicto de clase, en el marco de relaciones imperialistas de dominación. Al menos, tal es la conclusión que desprendemos de la siguiente apreciación de Quijano:

el imperialismo es, ante todo, un sistema de relaciones de dominación y de explotación, entre clases. Sin embargo, como en la historia contemporánea las relaciones entre clases están organizadas o tienden a serlo en naciones-estados, para la percepción inmediata el

imperialismo aparece, en primer término, como un sistema de dominación entre naciones [...] El imperialismo se expresa, pues, en una doble dimensión. La de clase es la fundamental y, en consecuencia, es la determinante del modo en que se constituye el problema nacional en este sistema. Pero su carácter subordinado no convierte a aquel [al problema nacional]³⁰ en una mera apariencia, no solamente porque es a través de él que se articulan y se expresan las relaciones de clase, sino porque de allí se derivan las formas específicas en que éstas se procesan y se configuran (Quijano, 1972: 5).

Brenner critica que en Wallerstein “el crecimiento de la división mundial del trabajo es el desarrollo del capitalismo” (Brenner, 1979: 105), a lo cual opone que la base fundamental del modo de producción capitalista es “la expansión del trabajo asalariado libre/*fuerza de trabajo como mercancía*” (Brenner, 1979: 105). Su postura se resume en lo siguiente: “en el centro de la transición del feudalismo al capitalismo está una transformación histórica de las estructuras de clase que el mercado, por sí solo, no puede provocar” (Brenner, 1979: 106). En seguida continúa su argumentación reprochando a Wallerstein que en su análisis “el subdesarrollo capitalista es tanto la causa del desarrollo capitalista como el desarrollo capitalista es la causa del subdesarrollo capitalista [...] el desarrollo y el subdesarrollo son mutua y directamente *determinantes*” (Brenner, 1979: 115), para finalmente afirmar que “Wallerstein hace suya la postura de que tanto el desarrollo en el centro como el subdesarrollo en la periferia son esencialmente el resultado de un proceso de transferencia de excedente de la periferia al centro [...] considera dicho desarrollo en el centro como resultado de una ‘acumulación originaria del capital’ extraído de la periferia, y [...] considera el subdesarrollo como resultado de la ‘falta de capital’” (Brenner, 1979: 115). Concluye Brenner su crítica inscribiendo la postura de Wallerstein en el clásico debate acerca del desarrollo del capitalismo en términos de las formas de extracción del plusvalor, afirmando que en su interlocutor “el capitalismo parece ser, por lo tanto, un sistema más, basado primordialmente

30 En lo atinente a este aspecto, el del problema nacional, es susceptible de ser destacado su doble carácter; no sólo como mera apariencia, sino como presencia en términos de mediación (y que expresa una mayor acumulación teórica, aunque medien apenas tres lustros entre la formulación de Quijano a la que hemos hecho referencia y la que indicamos a continuación); por ello nos parece sumamente pertinente la aclaración que propone Zavaleta: “las naciones, es lo cierto, son la base o las unidades del mercado mundial, esto es, mediaciones entre la mundialidad y el trabajo concreto en una suerte de doble vida; sin embargo, *el sistema mundial* es a la vez un rival de la constitución de los estados nacionales y en realidad el grado de su éxito *depende en gran medida del grado en que es capaz de internalizarse dentro de los estados nacionales* lo cual es impedirles su identidad o soberanía, que es su *infringulis*” (Zavaleta, 1985: 163; énfasis propio).

en la extracción de lo que hemos denominado plustrabajo absoluto” (Brenner, 1979: 115).

Las dificultades y contradicciones de Wallerstein son localizadas por Brenner en el hecho de que su argumento “no es compatible con una visión del desarrollo económico capitalista como función de la tendencia hacia la acumulación del capital a través de la innovación, implícita en una estructura de relaciones de clase del trabajo asalariado libre, históricamente desarrollada [...] desde este punto de vista ni el desarrollo ni el subdesarrollo económico dependen *directamente* el uno del otro o, lo que es lo mismo, no están causados el uno por el otro. Cada uno es el producto de una evolución específica de las relaciones de clase, determinada *en parte* históricamente *fuera* del capitalismo, en relación con modos no capitalistas” (Brenner, 1979: 115).

La conclusión de Brenner en cuanto al tema que nos ocupa es lapidaria: “ni el desarrollo en el centro ni el subdesarrollo en la periferia estuvieron determinados por la transferencia de excedente” (Brenner, 1979: 126); muy por el contrario, afirma nuestro autor, “el éxito del desarrollo del capitalismo en Europa occidental estuvo determinado por un sistema de clases, un sistema de propiedad, un sistema de extracción de excedente [...] incrementando lo que hemos llamado plusvalor relativo, y no meramente el absoluto” (Brenner, 1979: 126). La capacidad autoexpansiva del capitalismo tiene por base “un sistema caracterizado por una dinámica de acumulación e innovación” (Brenner, 1979: 127), producto de los métodos que los extractores de excedente se ven obligados a implementar sobre los productores directos, en los marcos que establece la “estructura de clase”, resultado de los conflictos de clase “a través de los cuales los productores directos han conseguido, en mayor o menor medida, restringir la forma y la extensión del acceso de la clase dominante al plustrabajo” (Brenner, 1979: 113).

Unas cuantas páginas más adelante, Brenner pretende retroceder en su afirmación diciendo: “no pretendo negar que a largo plazo hubo una transferencia de excedente procedente de la periferia” (Brenner, 1979: 153). Sin embargo, su construcción teórica lo ha llevado a renunciar hasta a la propia pertinencia del concepto de acumulación originaria de capital, pues, aunque distingue entre formas de extracción de plustrabajo, inscripto como está en la unidad de análisis conformada por el “modo de producción”, restringe el desarrollo económico del capitalismo a la conformación de lo que Marx llama el “modo de producción específicamente capitalista”. Tal camisa de fuerza le impide ampliar su objeto, como sí lo hace Marx, al despliegue de la relación-capital, proceso mucho más amplio en términos espacio-temporales e históricos (en el marco de los procesos nada idílicos de acumulación originaria, expropiación de los productores directos y subordinación formal y real

del proceso de trabajo inmediato al capital), lo cual por ello mismo justifica ampliar el horizonte de visibilidad de nuestra unidad de análisis.

Brenner elige el análisis histórico de Europa oriental como periferia para desacreditar el análisis de Wallerstein (pero haciéndolo desde una mera conjetura o, peor aún, explicándolo desde un cambio en la estructura del mercado, en términos de oferta y demanda, sin ofrecer una sólida argumentación histórica, que sí exige a su interlocutor), cuando afirma: “el resultado habitual de la creciente demanda de productos de Europa oriental producidos bajo el régimen de servidumbre durante el siglo XVIII fue sencillamente el aumento de su precio [...] como consecuencia de esto, el mercado facilitó una cierta ‘transferencia de excedente’, pero desde el ‘centro’ occidental a la ‘periferia’ oriental, y no al revés” (Brenner, 1979: 119). Tal conclusión deriva de restringir la cuestión del llamado “intercambio desigual” a un problema que se resuelve al nivel de la “relación real de intercambio” (Brenner, 1979: 133), y no en un ámbito más complejo. Tal visión sobre el intercambio desigual es muy corta de miras, y no ayuda a comprender el proceso de expansión del modo de producción capitalista como proceso mundial de acumulación, pues, como apunta Ernest Mandel:

El proceso histórico de la aparición y de la apropiación de la plusvalía constituye, por consiguiente, una unidad dialéctica de tres momentos diferentes: el intercambio desigual sobre la base de valores desiguales, el intercambio igual sobre la base de valores iguales, el intercambio desigual sobre la base de valores iguales. Sólo la consideración de estos tres momentos históricos permite contestar la pregunta respecto a cómo se originó el capitalismo en el mundo occidental, cómo pudo crecer, y cómo pudo extenderse por una gran parte de la tierra. Esta revisión preliminar nos confronta ya, por lo tanto, con dos momentos –el intercambio desigual de la etapa precapitalista; el intercambio desigual que está en el meollo del comercio mundial contemporáneo– con una relación específica entre el capital occidental y los así llamados países en vías de desarrollo³¹.

Aún más, como afirma Samir Amin, es durante estos primeros siglos del capitalismo donde se sitúan “los orígenes históricos del intercambio desigual” (Amin, 1979).

Con el ejemplo de Polonia, o la Europa oriental en su conjunto, y sus consideraciones acerca de la acumulación originaria, la transferencia de excedentes y el intercambio desigual, Brenner cree estar dándole

³¹ Citamos este pasaje de Frank (1979: 43), pues este autor corrige una omisión lamentable en la edición castellana que hemos referido de Mandel (1972), que hace perder sentido a la expresión del mismo.

sustento a su postura definitiva en cuanto al tema que nos ocupa: “*es imposible aceptar la tesis de Frank adoptada por Wallerstein, según la cual el ‘desarrollo del subdesarrollo’ capitalista en las regiones colonizadas por los europeos a partir del siglo XVI –especialmente el Caribe, América del Sur, África y la parte meridional de Norteamérica– es comprensible como resultado directo de la incorporación de estas regiones al mercado mundial, de su ‘subordinación’ al sistema de acumulación del capital a escala mundial*” (Brenner, 1979: 151; énfasis propio). Tal concepción no sólo refleja el predominio de una razón eurocéntrica en su análisis, sino un reduccionismo de la experiencia del desarrollo económico capitalista a lo ocurrido con la revolución industrial en Inglaterra y, por último, una ontologización de la “estructura de clase” que impide comprender dichos procesos –división mundial del trabajo/conflicto de clase, circulación/producción– en su mutua codeterminación; pues aunque critica a Wallerstein por erigir al avance técnico y la innovación en un *deus ex machina* en su programa de investigación, Brenner mismo no hace sino limitar la pertinencia de su análisis, ya que como apuntan Denemark y Thomas, en este último “la lucha de clases aparece en realidad como un *deus ex machina* sin ningún condicionante” (Denemark y Thomas, 1989: 140).

Brenner no es el único que suscribe una postura analítica que reserva un lugar marginal a la periferia capitalista en la conformación de la acumulación mundial de capital, y en la consolidación del capitalismo europeo en estos primeros siglos de capitalismo mercantil. Patrick O’Brien escribe su ensayo, como explícitamente lo afirma, para poner en tela de juicio la consideración de que “fueron los tres siglos transcurridos desde el descubrimiento de América la fase quizá más importante de las relaciones económicas internacionales entre el centro y la periferia [y] las conexiones económicas entre Europa y otros continentes durante esa ‘era mercantil’ [...] decisivas para las revoluciones industriales que se produjeron en Europa occidental de 1750 a 1873” (O’Brien, 1983: 88). Este autor, luego de restringir su objeto al período señalado, ignorando el aporte de los siglos previos a la formación de capital en Europa, y a las modificaciones en la estructura económica y de clases que ello implica, concluye que el comercio oceánico no podía impulsar a Europa hacia la industrialización, y afirma que tanto el crecimiento como el estancamiento y la decadencia pueden ser explicados principalmente “con referencia a fuerzas endógenas” (O’Brien, 1983: 108), esto es, restringidas en su actuación al Estado-nación; y, por ello mismo, si sus especulaciones son correctas, “para el progreso de Europa occidental en una industrialización sostenida, la periferia parece periférica” (O’Brien, 1983: 108), conclusión muy semejante, como hemos visto, a la del propio Brenner.

Por el contrario, un autor como Ernest Mandel, de quien en ningún sentido puede afirmarse que no se interese por la estructura de clase, los conflictos de clase y las relaciones de explotación, acepta correctamente la naturaleza de la relación entre Europa occidental y los países periféricos, y destaca la contribución involuntaria que han aportado estos países a la acumulación primitiva del capital en Europa occidental: puesto que “la mayor parte de los metales nobles y de las riquezas amasadas en cinco continentes (con excepción de China y Japón) afluyeron hacia Europa occidental y aún fueron incrementados con los productos de la trata de esclavos, de la explotación del trabajo de estos y del comercio basado en el cambio desigual” (Mandel, 1972: 142).

Planteada desde un ángulo distinto, coincide, sin embargo, en un elemento, la crítica que Franz Hinkelammert hace desde el año 1970 del argumento de Andre Gunder Frank con la imputación que hemos explicitado por parte de Brenner. Hinkelammert critica a Frank “su definición del subdesarrollo a partir de la explotación económica” (Hinkelammert, 1970: 79), con lo cual se acerca a Brenner, y propone en su lugar “concebirlo a partir de un sistema capitalista mundial como mecanismo de coordinación del trabajo [...] el problema de la explotación pasa a segundo plano y la forma en que se coordina la división del trabajo al primero” (Hinkelammert, 1970: 79). Si bien no coincidimos con este autor en términos de asignarle un grado de prioridad a la determinación del proceso, pues, como hemos destacado, este problema (conflicto centro-periferia y conflicto de clase) se plantea en ámbitos de la realidad mutuamente determinantes, Hinkelammert se acerca a señalar un aspecto importante: las consecuencias, para los países que serán caracterizados como subdesarrollados, de las formas en que se coordina la división del trabajo, no sólo en el ámbito de actuación de la economía nacional (el Estado-nación), sino en el marco del sistema capitalista mundial. En efecto, las consecuencias duraderas de los mecanismos de explotación e intercambio desigual contribuyeron a fortalecer lógicas de transferencia de excedente desde la periferia al centro, pero fueron complementadas y fortalecidas por formas internas de transferencia del excedente: desde el Estado al capital, o de los asalariados a los no asalariados, en los marcos permitidos por la manera en que se “coordina la división del trabajo” o, si se prefiere, por la forma en que se desenvuelve “la estructura de clase de nuestros países”, en verdaderos procesos de mediación y mediatización del conflicto social.

Más pertinente nos parece el señalamiento crítico que, desde una perspectiva histórico-cultural, se ha hecho a Wallerstein en el sentido de que, no obstante su correcto distanciamiento del eurocentrismo más burdo (que ni siquiera contempla en su horizonte de visibilidad a la periferia), y su interés por la unidad de análisis conformada por el sistema mundial (esto es, la comprensión de un sistema histórico hecho

de centro, periferia, semiperiferia y áreas exteriores), en su estudio, “a diferencia de Braudel, *los análisis particulares* de cada uno de los casos concretos de las zonas semiperiféricas y periféricas [...] *se dirigen a ‘las aportaciones’ que estas zonas procuran para el fortalecimiento del liderazgo del capitalismo y no a ‘las resistencias’ que oponen otras civilizaciones y culturas. Tratar de explicar el sistema mundial desde, para y por ‘el centro europeo’* es caer en eso que Braudel llamaría no ‘considerar con el mismo interés todas las experiencias humanas’” (Pastor, 1993: 14; énfasis propio). El mismo espíritu subyace en el señalamiento crítico que Stern dirige a Wallerstein (en el sentido de que, pese a su valía, dicho análisis es eurocentrado) cuando afirma que “los pueblos de América Latina y el Caribe mayor, incluyendo los pueblos trabajadores pobres y de color o de origen humilde, han tenido una importancia mayor como agentes y causas históricas de su propia experiencia. Tal acción o intervención en su destino no debe ni idealizarse ni exagerarse, pero ciertamente no se ha limitado a una vana resistencia contra la arremetida del sistema mundial capitalista. Un análisis cabal de esta intervención o acción –su historia, explicación, logros, fallas y limitaciones– requiere un serio estudio de la dinámica y estructuras sociales centradas en América, al igual que un estudio de la dinámica y estructura del sistema mundial” (Stern, 1989: 360). Tanto más viable nos parece este señalamiento de orden epistemológico, que se encuentra presente, por ejemplo, en el trabajo ya citado del antropólogo Eric Wolf (2000), cuando como latinoamericanos nos estamos acercando al análisis del capitalismo mundial (en una de sus lógicas de funcionamiento, la transferencia de excedentes), delimitándolo como nuestro objeto de estudio. Esto es, nuestro punto de partida se sitúa desde la periferia, en un plano de igualdad de las experiencias civilizatorias, y desde las posibilidades de resistencia y transformación del sistema dominante.

HACIA LA RECUPERACIÓN DE UN OBJETO DE ESTUDIO: LAS TRANSFERENCIAS DE EXCEDENTE

Las discusiones teóricas en ocasiones adquieren connotaciones verdaderamente paradójicas, pues cuando es más palpable la realidad de la que da cuenta un concepto, menos se recurre a él para caracterizar dicho proceso. Mientras la dependencia económica se ha profundizado, la discusión crítica sobre la teorización de la dependencia ha sido condenada al olvido. Cuando los dispositivos imperialistas del sistema se han desbocado, opera la censura y autocensura sobre la pertinencia de los teóricos del imperialismo. En el momento en que más han aumentado las transferencias internas y externas de excedente, más se habla de las bondades que los flujos de capital tienen para los países periféricos.

Si entendemos que el objeto de una sociología de la explotación “consiste en determinar qué características tiene un tipo de explotador que está relacionado con un tipo de explotado; en distinguir un agregado de relaciones de explotación de otro que ocurra en un contexto y estructura distintos, observando cómo cambian las características de la relación explotador-explotado y de la explotación por el carácter oligopolista o el tamaño de las empresas, por la unidad ecológica, el sector, la rama, el grupo, y qué relación guardan con las relaciones de transferencia, con las relaciones de poder, con los fenómenos de conciencia, cultura, ideología” (González Casanova, 1969: 122), se evidencian algunos de los problemas a abordar cuando nuestro interés está puesto en averiguar las características (formas, mecanismos y procesos) de las transferencias de excedente, que pueden ocurrir en relaciones simples o complejas, o entre unidades productivas simples o complejas, que se establecen en distintos niveles (desde el local al global, o viceversa).

Parafraseando a Marx, podemos decir que en tanto categoría de análisis la transferencia de excedente “puede expresar las relaciones dominantes de un todo no desarrollado o las relaciones subordinadas de un todo más desarrollado, relaciones que existían ya históricamente antes de que el todo se desarrollara” (Marx, 1982: 54). Ampliamos nuestro “horizonte de visibilidad” (René Zavaleta) de los acuciantes problemas del mundo si precisamos uno de los fenómenos integrantes de la relación social determinada de explotación, dominación y apropiación. Las transferencias de excedente pueden especificarse en términos de su causa o determinación, de su precisión matemática o matematizable –sin ignorar que, aunque en algún nivel o entre algunas unidades podría ser posible detallar las formas o hasta las dimensiones absolutas o relativas de los flujos de excedente económico, sin embargo, “históricamente el fenómeno de la explotación no posee las características de una necesidad matemática” (González Casanova, 1969: 88) en cuanto a sus formas (como conjeturas o en su ilustración e investigación periodística), o desde los elementos que las definen “en la estructura y la historia” (González Casanova, 1969: 37).

El tema de la extracción y transferencia del excedente estuvo presente en la discusión sobre la conformación histórica del capitalismo y de las relaciones centro-periferia. Está en la base del desarrollo del subdesarrollo (Gunder Frank) y en la operación de destrucción de la base interna de reproducción existente (Hinkelammert) que arranca desde la colonización y merma la obtención del producto potencial (Baran). Fue un concepto fundamental para la crítica de las teorías desarrollistas del comercio internacional (Caputo y Pizarro), y de las propuestas socialdemócratas de diálogo Norte-Sur (Calcagno y Jakobowicz), pues permite relacionar la existencia de estructuras y relaciones de explotación del Sur del mundo (Strahm) que actualizan mecanismos que ya

dieron muestra de sus devastadores efectos en gran parte de las penurias y el drama latinoamericano (Galeano). Ubicados en este contexto, los problemas abordados por una sociología de la explotación logran articularse en estructuras complejas de explotación y dominación de clases y naciones (González Casanova, 1969; 1996; 1999b), que combinan, modelan y potencian procesos de transferencia de excedente de la periferia al centro, mediando y siendo mediados por transferencias de excedente de asalariados a no asalariados y del Estado al capital.

La articulación del análisis de la explotación y la dominación en el mundo actual, y en ella el lugar explicativo ocupado por las transferencias de excedente, han sido recientemente retomados por González Casanova, tratando de poner el énfasis en el aprovechamiento y combinación de las estructuras del mercado y del Estado. Para este autor,

el futuro de la categoría de la explotación va a acompañar de una manera probable y necesaria a la categoría más conocida y aceptada de la dominación [...] El concepto de explotación permite analizar la apropiación del excedente no sólo por vías salariales, tributarias, comerciales, monetarias y financieras, sino también por políticas gubernamentales, estatales y empresariales (González Casanova, 1999a: 14-15).

El proceso o la relación de explotación de unas regiones, países o clases por otros (evidenciada por el comportamiento de una serie de fuentes de transferencia de excedentes internas y externas) no sólo mantiene una innegable actualidad, sino que ha experimentado un gran incremento, y juega un papel importante en la explicación del drama contemporáneo a que han sido sometidos los países pobres y las clases pobres de estos países, a través de la aplicación de los programas de ajuste estructural y las políticas neoliberales. El incremento o mantenimiento de las transferencias de excedente de los países del Sur a los países ricos se corresponde, articula y amplía con transferencias de excedente en el interior de los países, de las clases asalariadas (la mayoría de la población) a las clases no asalariadas que viven de utilidades y rentas, o que se enriquecen por diversos medios. La reorientación o redistribución de los gastos públicos y sociales del Estado, y las modificaciones en la base tributaria y los agentes sobre los cuales se deja caer toda o gran parte de la carga fiscal, son procesos que ilustran transferencias del Estado al capital privado, que acompañan, median y dan mayor complejidad a las formas contemporáneas del saqueo de los países pobres y de los pobres al interior de los países.

Las mediaciones políticas que aseguran el incremento de las transferencias internas y externas o globales se diseñan y deciden en los grandes centros de poder económico y en las agencias multilaterales; sus beneficiarios son las compañías multinacionales junto a los ban-

queros y acreedores internacionales en detrimento de los países de la periferia y las clases explotadas. Este conjunto de mecanismos, procesos y relaciones de explotación, dominación y apropiación se articulan en estructuras y unidades complejas, a la vez transnacionales, transregionales y transectoriales, que se sustentan en transferencias de excedente transnacionales, internacionales e intranacionales (González Casanova, 1996). La actual arremetida de mundialización del capital ocurre en un escenario internacional profundamente inequitativo, con relaciones asimétricas, y en el marco de conflictos económicos, políticos, estratégicos, geopolíticos y militares, acicateada por intereses clasistas, nacionales e internacionales, resultado de las contradicciones que generan los procesos interestatales e intraestatales de dominación, explotación y apropiación del excedente.

La pertinencia del problema de las transferencias de excedentes como parte importante del análisis de la dominación/explotación/apropiación se muestra no sólo en la existencia de un conjunto de estimaciones y aproximaciones al fenómeno por parte de otros autores (Amin, Chomsky, Petras y Veltmeyer, Chesnais, Toussaint, Pla, etc.), sino en la aproximación o encuadre teórico que se insinúa o se busca plantear. En cierto sentido, Wallerstein en algún momento lo señaló, presentándolo como resultado de la relación centro-periferia en el conjunto de la economía-mundo capitalista, y manifestando una especie de ley tendencial del sistema, cuando afirmó:

una relación núcleo-periferia es la relación entre los sectores más monopolizados de producción, por una parte, y los más competitivos, por otra, y por tanto la relación entre actividades de producción de alta ganancia (y generalmente alto salario) y baja ganancia (con bajo salario). Es una relación entre capital mundial y fuerza de trabajo mundial, pero es también una relación entre los capitalistas más fuertes y los más débiles. La consecuencia más importante de la integración de ambas clases de actividades es la transferencia de plusvalía desde el sector periférico al sector nuclear, es decir no sólo de los obreros a los propietarios, sino de los propietarios (o controladores) de las actividades productivas periféricas a los propietarios (o controladores) de las actividades nucleares, los grandes capitalistas (Wallerstein, 1995: 145).

Al estudio de las transferencias desde las regiones periféricas a las centrales, y las que se verifican en el interior de la economía nacional de los asalariados a los no asalariados y desde el Estado al capital privado, deberán añadirse otro tipo de transferencias de excedente y riqueza social (ocultas, invisibles, discontinuas, informales, ilegales, etc.) que operan en el marco de sistemas de explotación de proyección nacional, pero también global.

Tal y como explica Ruy Mauro Marini en “El ciclo del capital en la economía dependiente” (Marini, 1979), del total de la plusvalía generada en una economía nacional, una parte se destina a la inversión interna (sea en capital fijo o capital circulante), y otra a gastos improductivos o suntuarios, es decir, consumo improductivo por parte de los capitalistas. Y existe otra proporción de la plusvalía producida que puede salir de la esfera de la economía nacional bajo diversas formas: remesas de utilidades, pago por concepto de intereses, amortizaciones, regalías, etcétera. Al lado de estas “transferencias de plusvalía al exterior”, Marini observa que una parte del plusvalor creado es apropiado por el Estado a través de impuestos directos al capital y los sueldos, por modalidades de impuestos indirectos a distintos tipos de ingresos, por impuestos al trabajo o impuestos indirectos al consumo de los trabajadores. Esta masa de valor administrado por el Estado no sólo es fuente de la inversión pública o del gasto redistributivo, pueden ahí residir importantes “transferencias de plusvalía al capital privado”, sea a través de gastos públicos para hacer más rentable la inversión privada o a través de subvenciones indirectas bajo diversas formas: exenciones de impuestos, concesiones, programas de rescate, manipulación de precios, entre ellos el precio de la moneda nacional, favoreciendo a sectores importadores o exportadores de las burguesías autóctonas según sea el caso de sobre o subvaluación en el tipo de cambio, etcétera. O a través del más simple mecanismo de aplicar impuestos a los pobres y subsidios a los ricos.

El Estado también es parte en el desarrollo de otro tipo de transferencias de excedentes a través de la aplicación de medidas que favorecen el desarrollo de un conjunto de nuevos actores capitalistas que desarrollan otro tipo de mecanismos, mediaciones y procesos de extracción y transferencia del excedente. Nos referimos a lo que otros autores han llamado el “especulador institucional”, quien “valiéndose de una variedad de instrumentos [...] se apropia de la riqueza de la economía real y a menudo determina el destino de las empresas [...] sin tener función empresarial alguna en la economía real, tienen el poder de hacer quebrar enormes corporaciones industriales. Sus actividades incluyen transacciones especulativas a futuro y opciones, así como la manipulación de mercados de cambio e incluso el saqueo de las reservas de divisas de bancos centrales” (Chossudovsky, 1997). David Korten prefiere denominar a este personaje el “inversor extractivo”, refiriéndose a ese tipo de especulador que extrae injustamente beneficios del trabajo productivo de otras personas: “el inversor extractivo aprovecha las fluctuaciones de precios para apropiarse de una porción del valor creado por inversores productivos y las personas que realizan trabajos reales. La ganancia de los especuladores representa una especie de impuesto inútil al sistema financiero [...] Cuanto mayor sea la volatilidad de los

mercados financieros, mayores serán las oportunidades para estas formas de extracción” (citado en Khor, 1997).

HACIA UN ESTUDIO DE CASO: LAS TRANSFERENCIAS DE EXCEDENTES EN EL MUNDO ACTUAL

Las sucesivas reformas del capitalismo tuvieron efectos no sólo macroeconómicos sino globales; alteraron los términos originales de la relación de explotación y los mediatizaron de muchas maneras, entre otras reorganizando y reestructurando el comercio colonial y el colonialismo [...] no sólo cambió la estructura de la explotación, sino el conjunto de los sistemas y los subsistemas en que opera como relación social característica de todo el sistema o que bajo distintas formas se presenta en las distintas partes del sistema y permite el funcionamiento del conjunto. En las nuevas condiciones, cambió –por supuesto– también la lucha contra la explotación. Ya no fue sólo una lucha centrada en la plusvalía. Fue una lucha reestructurada, mediatizada y universalizada por el excedente y por la distribución del producto en el interior de las naciones y a nivel global

Pablo González Casanova

En este apartado pretendemos profundizar el análisis de los procesos de explotación, dominación y apropiación que caracterizan al capitalismo actual. Partimos de exponer algunos límites de aquellos enfoques que, para entender los procesos asociados a la llamada globalización económica, centran su atención en los flujos de capital y descuidan el conjunto de transferencias de excedente, que ocurren desde la periferia al centro y desde los asalariados a los no asalariados o del Estado al capital.

ANÁLISIS DE LOS FLUJOS DE CAPITAL: OMISIONES Y LÍMITES

En la literatura económica que producen los organismos financieros internacionales (Banco Mundial, Fondo Monetario Internacional u Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico), cuando se presenta el análisis de los flujos internacionales de capital, se destacan dos cuestiones: primera y más importante, se hace notar que hay un flujo neto de capital de los países industrializados a los “países en desarrollo” (*developing countries*) o a los de “más bajos ingresos” (*low-income countries*). Es decir, más que con la usualmente denominada Ayuda Oficial para el Desarrollo (AOD), los países del Tercer Mundo se estarían beneficiando con la llegada de impresionantes sumas de capital. La segunda cuestión que se destaca tiene que ver con el monto, la estruc-

tura, las fuentes de financiamiento y los sectores a los cuales se dirigen las corrientes financieras y de inversión de los países industrializados a los de la periferia. En una presentación de ese estilo, resulta que existe un proceso de transferencia de capital que en los últimos años corre en dirección Norte a Sur, y del cual ciertos países se estarían beneficiando, en parte porque pudieron volver a los mercados internacionales de capital, efectuando medidas agresivas de ajuste estructural en sus economías (políticas de liberalización y desregulación financiera, fomento a la inversión y privatizaciones de los activos públicos).

Sin embargo, el agrupamiento de una serie de fuentes de transferencias de excedente y su presentación en un Índice de Transferencias de Excedentes demuestra que el flujo de capital y excedentes correría del modo inverso. A partir de la aplicación de las políticas neoliberales, se incrementaron las transferencias de excedentes de los países de la periferia a los países centrales, lo cual corresponde a un conjunto de mediaciones, procesos y estructuras de explotación de los primeros por los segundos. Dicha transferencia funcionaría, en el ámbito mundial, a través de un conjunto de interrelaciones e intereses de los grandes corporativos multinacionales junto con los estados, desde los cuales se impulsan globalmente, y las instituciones financieras multilaterales que conforman el consenso de las políticas económicas y las transformaciones o reformas a efectuar en el seno de los estados periféricos o dependientes.

Tal y como afirma Peter Bosshard (secretario de la Declaración de Berna, un grupo suizo de interés público), en el caso de las transferencias financieras entre el Norte y el Sur existen “algunos problemas cuantitativos y cualitativos” que es necesario señalar, pues “hay una serie de corrientes inversas que no se manifiestan en las llamadas transferencias netas hacia el Sur”. Este autor señala como ejemplo de esa serie de corrientes inversas, que revelan los problemas cuantitativos y cualitativos de los datos oficiales, lo siguiente: 1) “los datos de la corriente neta en materia de deuda [...] no tienen en cuenta las salidas por concepto de intereses”, 2) “los datos de inversión neta no tienen en cuenta las salidas por concepto de ganancias, dividendos o regalías”, y 3) “las estadísticas oficiales tampoco toman en cuenta las transferencias negativas invisibles causadas por el deterioro de las relaciones de intercambio, la manipulación de las transferencias de precios y otras formas de evasión del capital” (Bosshard, 1997). A pesar de que el autor logra acercarse a la lógica del proceso y al encubrimiento de mediaciones, procesos y sistemas de explotación, extracción y transferencia de excedente, a nuestro juicio no consigue develarlo por completo, por dos razones fundamentales: en principio, observa el fenómeno desde la superficie, limitándose a los “problemas cuantitativos y cualitativos” presentes en el registro de los datos, ignorando que se trata de un proceso o relación de explotación que significa pérdidas de ingresos y transferen-

cia de excedentes del Sur al Norte; en segundo lugar, no ofrece ninguna prueba empírica o dato que corrobore su argumento.

DOMINACIÓN/EXPLOTACIÓN Y APROPIACIÓN DEL MUNDO

El debate sobre el comportamiento reciente de la economía mundial ha estado dominado por los enfoques que destacan la reestructuración capitalista (y, en ese marco, la restauración del capitalismo en los países de socialismo de Estado) como una muestra de la capacidad de adaptación del sistema. En un extremo, de la discusión algunos han llegado a ver en la reestructuración capitalista tal conformación novedosa de la estructura, que ha terminado por constituir una nueva estructura: la llamada globalización. No hace falta recordar en este punto que el discurso dominante es el discurso de la clase dominante.

Las explicaciones oficiales de la así llamada globalización económica la caracterizan como “la interdependencia económica creciente en el conjunto de los países del mundo, provocada por el aumento del volumen y la variedad de las transacciones transfronterizas de bienes y servicios, así como de los flujos internacionales de capitales, al mismo tiempo que por la difusión acelerada y generalizada de la tecnología” (citado en Wolf, 1997: 14). Los referentes empíricos del grado de internacionalización a que se acude van desde el volumen de las exportaciones mundiales y los flujos de inversión extranjera, hasta el número de viajeros internacionales y usuarios de Internet³².

Por otro lado, en posturas de que un modo u otro adscriben al marxismo, los diagnósticos sobre la economía mundial capitalista concentraron su atención en los procesos de acumulación; de ahí que sus teorizaciones se centraran en la categoría de los “modos de producción”, o en la evolución de la tasa de beneficio (su estancamiento o decrecimiento), buscando encontrar el lugar que a las luchas de la clase obrera le otorgaba el comportamiento del ciclo económico.

Sin ignorar estos hechos es posible, sin embargo, proponer una lectura distinta del mundo actual, a partir de la inclusión en el debate de indicadores precisos que darían luz sobre procesos de explotación, dominación y apropiación. El registro de una serie de mecanismos de transferencia de excedente de los países periféricos hacia los centrales y su agrupamiento contribuye –a nuestro juicio– a la explicación de la persistencia o incluso aumento de la pobreza, y de la mayor desigualdad y polarización global.

Los datos estadísticos que presentamos actualizan la agrupación y presentación que sugiere González Casanova en su trabajo “La explotación global” (González Casanova, 1999b). Abarcan en su mayor parte

32 Un ejemplo de este enfoque empirista, alejado de consideraciones complejas o no lineales, se encuentra en Kearney (2001).

datos anuales y agrupados en períodos quinquenales de 1972 a 1998, aunque en algunos casos nos ha sido posible acceder a datos más recientes, según lo permiten las fuentes básicas de información. El período histórico que se aborda, caracterizado por un predominio en la aplicación de las políticas neoliberales, se asocia, según sea la explicación, con: 1) la larga fase descendente (Robert Brenner), 2) la fase B del ciclo Kondratieff iniciado en la segunda posguerra (Immanuel Wallerstein) o 3) una lectura de *longue durée*, con la culminación del ciclo sistémico de acumulación propio del largo siglo XX (Giovanni Arrighi).

Con base en estos datos y los de otros autores o los de las propias instituciones internacionales, es posible ilustrar de qué forma grandes montos de excedente y riqueza social son transferidos de ciertos países y zonas geográficas (periféricos o periferizados) hacia los países centrales.

El incremento de las transferencias de excedente hacia los países centrales tiene por base cuatro procesos que se profundizan con la aplicación global de las políticas neoliberales, período en el que los países del Tercer Mundo han sido sometidos a un verdadero *estado de imposición tributaria*: el sobreendeudamiento externo en la periferia, el deterioro de los términos del intercambio, la creciente actividad de las corporaciones multinacionales que operan en el Tercer Mundo, y los procesos de desestabilización financiera y monetaria asociados al comportamiento de los capitales de corto plazo.

Uno de los procesos que está en la base del estallido de la crisis de la deuda externa en el Sur del mundo se asocia a la sobreabundante liquidez del sistema bancario, producto de la innovación financiera de los eurodólares y el reciclaje de los petrodólares, que buscaba asegurar su colocación en forma de préstamos en los países del Tercer Mundo, con tasas de interés reales que hasta 1978 eran próximas a cero (descontando el efecto de la inflación). El cambio en la política monetaria estadounidense en 1979, siendo Paul Volker director de la Reserva Federal, propició un aumento en las tasas de interés para los créditos de corto plazo nunca antes visto, y las colocó en niveles impagables para muchos países que habían mordido el anzuelo del endeudamiento. Según diversos cálculos, entre 1975 y 1979 la tasa real de interés pagada por los países en vías de desarrollo por sus préstamos bancarios fue de solamente 0,5%; mientras que entre 1980 y 1994 la tasa real sobre esos préstamos se elevó hasta un 8,3% en promedio (Dillon, 1995: 57). Mediante este proceso, en palabras de Eric Toussaint, quizá hoy por hoy el mayor especialista en el tema, opera un mecanismo de explotación de los países del Sur:

El reembolso de la deuda opera como una verdadera bomba que aspira una parte del sobreproducto social de los trabajadores/as del Sur (sean asalariados, pequeños productores individuales o de ex-

plotaciones familiares, trabajadores de los servicios en el sector informal) y dirige este flujo de riquezas hacia los poseedores de capitales del Norte, cobrando, de paso, su comisión las clases dominantes del Sur (Toussaint, 1998: 94).

Las políticas de “ajuste estructural” (con sus recortes presupuestales, sus planes de austeridad para reorientar los gastos del gobierno hacia el pago del servicio de la deuda, sus reformas fiscales regresivas, etc.) fueron impuestas u orquestadas desde el Departamento del Tesoro de Estados Unidos, a través del Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional, promoviendo los objetivos de los inversionistas de Wall Street. Lo que se buscaba era asegurar el pago de la deuda a principios de los años ochenta y después garantizar que esas economías se abrieran plenamente a las grandes empresas del Norte para facilitar el proceso de internacionalización económica: “con la ayuda de James Baker, Ministro del Exterior de la administración Reagan, delegaciones dirigidas por Citybank acudieron a Washington para reunirse con funcionarios del Tesoro y del Banco Mundial, los cuales diseñaron e impusieron las políticas de ajuste para privatizar y desregular las economías, promoviendo las exportaciones en lugar de la producción de las empresas nacionales, castigando a su vez los salarios y la demanda nacional, creando a lo largo de este proceso una plataforma de producción atractiva para los inversionistas extranjeros” (Hellinger, 1995: 50).

Durante este período se utiliza la crisis de la deuda como grillete. Los países acreedores reorganizan las relaciones sociales internas de producción del Sur endeudado de manera que se favorezca la penetración de esas economías por el capital corporativo multinacional. La deuda se constituye en un mecanismo fundamental de disciplinamiento del Tercer Mundo y de gestión de la crisis internacional, en función de los intereses de los países del Norte y sus complejos mega-empresariales. Por medio de estas políticas, empujan a los países de la periferia “a la deflación interna, a la devaluación, a una estrategia exportadora, a la adopción de medidas que suavizaran los déficit presupuestarios y, finalmente, a la búsqueda de divisas en la cuenta de capital, mediante un proceso de privatización coadyuvado por el capital extranjero y la atracción de flujos de monedas fuertes gracias a la liberalización de la cuenta de capital” (Gowan, 2000: 64).

En lo que respecta a los términos del intercambio, mientras en los países industrializados pasan de un nivel de 100 en 1980 hasta 120 en 1998, en las regiones periféricas, a excepción de Asia, la situación es de permanente deterioro después de 1980. El significado de este menoscabo es fundamental para entender la profunda crisis de los países del Tercer Mundo, especializados en exportar productos básicos o bienes tradicionales con bajos requerimientos de industrialización.

En la base de este proceso se encuentra el debilitamiento de la demanda de alimentos y materias primas y la pérdida de peso relativo de la producción primaria en la economía mundial, asociada a la sustitución de productos naturales por sintéticos, al control de la explotación en países del Sur de ciertos productos minerales y agrícolas por subsidiarias de corporaciones multinacionales (que a su vez controlan los sistemas de consumo y distribución), a las maniobras especulativas en la formación de stocks, a la manipulación de los mercados a partir de la comercialización de reservas, etcétera. Como resultado de este proceso, se han deprimido los términos del intercambio de la producción primaria *vis-à-vis* las manufacturas.

El deterioro real del intercambio es quizá mucho mayor que el que arrojan las cifras oficiales si consideramos que esas estadísticas registran en buena parte el comercio intra-firma que tiene por base la sobrefacturación de las importaciones y la subfacturación de las exportaciones, de acuerdo con las políticas de “precios de transferencia” entre corporaciones multinacionales matrices y sus filiales.

Los países del Tercer Mundo incrementan el volumen físico de sus exportaciones para poder paliar en algo el deterioro en valor de sus productos; sin embargo, en mercados controlados oligopólicamente, el aumento en la oferta mundial de productos básicos se revierte en contra de los productores como baja o caída en el precio de sus mercancías. Como consecuencia de ello, gran parte del incremento en volumen físico de lo que se exporta se transfiere al centro sin contrapartida.

Desde 1956 se acentuó la instalación en el extranjero de subsidiarias de empresas multinacionales de los países industrializados. Al día de hoy, las dimensiones alcanzadas por el poder corporativo de las matrices de compañías multinacionales se expresa en el control cada vez mayor del mercado y la proliferación creciente de filiales que operan en el exterior (Calcagno y Jakobowicz, 1981). En 1970 la cantidad de empresas matrices ascendía a 10 mil, contando ya con más de 30 mil filiales distribuidas por el mundo y con una inversión directa acumulada en el exterior que ascendía a 158 mil millones de dólares en 1971 (Castro, 1983).

La situación actual parece mostrar una intensificación de estos procesos. Para el año 1998, la dimensión de las compañías multinacionales mostraba cerca de 60 mil corporaciones matrices actuando alrededor del mundo sobre una base nacional bien definida, y cerca de 500 mil sociedades filiales en el extranjero, las cuales generaban aproximadamente 11,4 billones de dólares en ventas mundiales, monto superior incluso al total de exportaciones de bienes y servicios no factoriales (6,6 billones de dólares), de los cuales poco más de un tercio toma la forma de comercio intra-firma.

Las ventajas de la operación de las multinacionales en el extranjero no se reducen a los montos de las utilidades remitidas ni al aprovechamiento del bajo costo de la mano de obra en la periferia; a ello hay que agregar las facilidades para las operaciones intra-firma, los beneficios fiscales de la sobre y subfacturación vía los precios de transferencia y el aprovechamiento de las franjas pudientes de mercado en los países a los cuales han extendido sus operaciones.

Como sostienen Barnet y Müller, la empresa multinacional administra el mundo como una unidad integrada, la gran corporación evalúa sus éxitos o fracasos no por el resultado de alguna de sus subsidiarias o su influencia social en determinado país (empleo de fuerza de trabajo u ofrecimiento de mercancías), sino por el incremento de sus beneficios mundiales (como una totalidad), y el incremento de la parte del mercado mundial conseguida o asegurada. Efectúan una planificación a escala mundial; despliegan sus estrategias buscando nichos de mercado, sinergias productivas, mano de obra barata y calificada. Utilizan sus finanzas, tecnologías y estrategias de organización en función de integrar la producción y realización a escala mundial; “exigen trascender el Estado Nacional”, pero no pueden prescindir de él. De hecho, el Estado es subsidiario de la gran empresa en su propósito de obtener bajos salarios y en sus planes de apropiación de empresas anteriormente públicas. La multinacional exige una “nueva economía política del mundo”, modificando “la función histórica del estado nacional” pero sin anularlo (Barnet y Müller, 1976).

Otro proceso que contribuye al entendimiento de las transferencias de excedente en la etapa actual de desarrollo del capitalismo tiene que ver con las operaciones especulativas del capital de corto plazo, y los arrebatos y destrucción de riqueza social que generan. Los cambios en la regulación monetaria y financiera, la innovación en los instrumentos bancarios y de acciones, y la apresurada apertura de la cuenta de capital promueven los flujos especulativos y su rápida entrada y salida de los llamados “mercados emergentes”. Este mecanismo ha dado muestras fehacientes de su devastador efecto desde la crisis mexicana de 1994-1995; en 1997 alcanzó a los Tigres Asiáticos, en 1998 a Rusia y en 1999 a Brasil. En cada uno de estos episodios, los instrumentos especulativos han sido utilizados con el fin último de capturar riqueza financiera y adquirir control sobre los activos de producción. El efecto dañino de la depreciación de acciones y la devaluación es acompañado por el saqueo que representan los “programas de rescate”:

Los bancos mundiales y empresas multinacionales presionan activamente para la desregulación directa del flujo de capitales, incluido el movimiento de fondos itinerantes y dinero “sucio” [...] el FMI [...] hace de la liberalización del flujo de capitales uno de los propósitos de la

institución [...] El director gerente del FMI, Michel Camdessus, admitió en un tono desapasionado que “varios países en desarrollo podrían ser objeto de ataques especulativos tras abrir su cuenta de capital”, pero reiteró que esto puede evitarse mediante la adopción de “políticas macroeconómicas sanas y sistemas financieros fuertes” [...] Al igual que en el programa diseñado durante la crisis mexicana de 1994-95, los fondos del rescate no tienen por finalidad “rescatar al país” [...] sino [...] pagar la deuda a los “especuladores institucionales”, garantizarles que podrán cobrar su botín de miles de millones de dólares (Chossudovsky, 1998).

En este último caso, las transferencias de excedentes no sólo toman la forma de extracción, descapitalización o desvalorización de la riqueza social, sino que potencian transferencias de los títulos y la propiedad de activos y acciones (extranjerización de la economía), o bien transferencias de las obligaciones de pago desde el capital privado endeudado hacia el Estado (haciendo recaer el peso de los débitos privados hacia “la nación”).

TRANSFERENCIAS DE EXCEDENTES DE LA PERIFERIA AL CENTRO

Comenzaremos por analizar la situación de las transferencias en términos de cada uno de los mecanismos por los cuales se implementan, para lo cual nos extenderemos en algunas de las tendencias señaladas por Pablo González Casanova (1999b). De los seis rubros que forman el índice compuesto de transferencias de excedente propuesto, los que representan una mayor sangría de recursos transferidos son los correspondientes al servicio de la deuda externa, el efecto en el cambio de precios del comercio exterior, las utilidades netas remitidas por concepto de la inversión extranjera directa, y los movimientos del capital de corto plazo.

Agrupado el total de transferencias de excedente, como hace González Casanova, en períodos quinquenales, puede revelarse de mejor manera su comportamiento. Los resultados que se obtienen se muestran en el Cuadro 1. En los cinco años comprendidos entre 1992 y 1996, la Transferencia Total de Excedentes sumó 1 billón 697 mil millones de dólares, con lo cual triplicó a la correspondiente al período de 1977 a 1981, y es superior a cualquiera de los quinquenios precedentes.

Por concepto de pago de servicio de la deuda, las transferencias de la periferia al centro pasaron de 97,4 mil millones de dólares en el quinquenio de 1972 a 1976 a 1 billón 58 mil millones de dólares en los años desde 1992 a 1996. A pesar del monto de estos envíos la deuda siguió y sigue aumentando.

La deuda externa de los países del Tercer Mundo, pasó de registrar niveles no significativos (hasta antes de 1973 no rebasa siquiera los 100 mil millones de dólares) a rebasar, para el año 1995, los 2 billones de dólares, y en 1999 su monto se ubica a niveles de 2,5 billones de dó-

lares; o, lo que es lo mismo, un nivel 25 veces mayor al que se tenía 27 años antes. No obstante, el drenaje de recursos que significa el pago de su servicio, sus niveles relativos en comparación con las exportaciones y el Producto Nacional Bruto de los países del Tercer Mundo, muestran un crecimiento exponencial; mientras en 1972 la deuda externa de los países del Sur era equivalente al 77,2% de las exportaciones y al 7,4% del PNB, en 1999 se ubica en el 136,6% de las exportaciones y el 41,5% del PNB (World Bank, 2000: 22).

Cuadro 1

Monto de la transferencia de excedentes (total y por rubros) de los países de la periferia al centro, en quinquenios de 1972 a 1996 y para 1997 y 1998 (millones de dólares corrientes) (tasa de cambio de mercado, fin de período)

Rubros	1972 a 1976	1977 a 1981	1982 a 1986	1987 a 1991	1992 a 1996	1997	1998
Transferencia Total de Excedentes	441.731	567.280	897.822	1.257.043	1.697.603	539.837	685.060
Servicio de la deuda	97.438	308.395	626.477	827.556	1.058.552	312.459	316.113
Pérdida por términos del intercambio	347.125	203.068	241.349	515.676	549.006	83.234	131.498
Utilidades netas remitidas de inv. directa	31.467	53.768	65.203	81.010	132.722	33.204	36.675
Otro capital a corto plazo	2.984	22.344	49.002	-45.395	14.327	113.382	216.484
Errores y omisiones netos	-7.798	27.123	14.558	30.300	161.589	52.746	42.427
Transferencias netas unilaterales	-29.486	-47.417	-98.767	-152.104	-218.593	-55.189	-58.137

Fuente: elaboración propia a partir de FMI, Balance of Payments Statistics Yearbook, Part. 2, varios años; "Estadísticas Financieras Internacionales", varios años; y Banco Mundial, Global Development Finance, varios años.

El efecto de la pérdida por términos del intercambio significó para la periferia dejar de percibir ingresos de 347,1 mil millones de dólares de 1972 a 1976, y aumentar esa pérdida hasta 549 mil millones de 1992 a 1996. Aunque esos datos quinquenales culminan en 1996, en los dos años siguientes hasta 1998 el empeoramiento de la relación de intercambio ha tenido efectos devastadores sobre los países periféricos (UNCTAD, 2000).

En tanto, las utilidades remitidas por inversión directa crecieron en más de tres veces, al pasar de 31,4 mil millones de 1972 a 1976 hasta 132,7 de 1992 a 1996. Al igual que en otras fuentes de transferencia, es alta la posibilidad de que se subvalúe el excedente extraído y remitido desde los países periféricos. En esos cálculos sólo se han considerado las utilidades remitidas, que no constituyen el total del beneficio obtenido por la operación de las filiales de multinacionales en el extranjero; este incluiría tanto los beneficios de las compañías filiales no repatriados, como la reinversión de utilidades. Otro mecanismo de subvaluación o

de ocultamiento reside en la utilización de los precios de transferencia u otros tipos de artilugios. En este caso, la modalidad más recurrente es la subfacturación de las exportaciones con la finalidad de pagar menos impuestos en las economías receptoras, o la recolocación y los registros diversificados (desplegados a nivel mundial en formas contables complejas o de difícil detección) de inversiones y beneficios de los corporativos mega-empresariales.

La transferencia de excedentes bajo el rubro de “otro capital de corto plazo” muestra un impresionante aumento y, a la postre una reversión de su tendencia: pasa de 2,9 mil millones en el primer quinquenio a 49 mil millones de 1982 a 1986. En el período quinquenal siguiente (1987 a 1991) se registra ingreso de capital por cerca de 45 mil millones de dólares. Tal ingreso de capital especulativo, como vimos antes, se revirtió de manera impresionante luego de los episodios de crisis financiera que comenzaron con el “efecto tequila”. Los datos que destacamos en el Cuadro 1 muestran un incremento apreciable para el año 1997, monto que se duplica en 1998.

Mientras la pérdida por términos de intercambio ocupaba el primer lugar en la contribución a las transferencias en los años que van de 1972 a 1976, desde 1977 hasta 1996 la contribución principal correspondió al servicio de la deuda, con más del 50% del total transferido en cada quinquenio.

Hay un incremento en las transferencias de excedentes de los países periféricos después de 1980. Como proporción de las exportaciones, las transferencias totales de excedentes, que entre 1977 y 1981 eran del 21,8%, se aproximan al 30% en cada uno de los tres períodos siguientes. Esta tendencia se mantiene expresando la transferencia de excedente como porcentaje del PNB; mientras que de 1977 a 1981 era de 4,1%, en los tres períodos siguientes se ubica entre 6,1 y 6,7% del PNB de los países periféricos. De 1992 a 1996, la transferencia total de excedentes per capita llega a casi 82 dólares anuales, cuando entre 1972 y 1976 apenas rebasaba los 30 dólares, expresados en valores corrientes.

Es posible ilustrar las tendencias considerando la contribución a las transferencias de excedentes de cada una de las regiones geográficas. Un ordenamiento y presentación de este tipo pone de manifiesto no sólo el estrago en los niveles de vida o en las estructuras productivas, asociado a estas fuentes de transferencia, sino que también resalta algunas particularidades regionales en el arrebato y manejo del excedente. En este nivel es posible detectar cómo la transferencia de excedentes hacia los países centrales revela estar articulada a formas de pugna geopolítica y a las disputas hegemónicas o hemisféricas, en el marco de medidas de enfrentamiento directo, o de “políticas de contención” y mediatización.

En el último cuarto del siglo pasado, el mundo entero se ha desenvuelto en el marco de una fase B del ciclo Kondratieff. Superficial-

mente podría pensarse que eso afecta a todos por igual; sin embargo, lo cierto es que “los grandes capitalistas, o por lo menos algunos grandes capitalistas, pueden ser capaces de encontrar otras salidas ventajosas, de modo que su nivel individual de acumulación aumenta” y también puede ocurrir que por la reubicación de la actividad productiva “en alguna zona del sistema mundial la situación económica general mejora” (Wallerstein, 2001: 43-44). Una de las salidas más ventajosas de gestión de la crisis, a través de afianzar la dominación, explotación y apropiación del mundo, tiene por base los mecanismos de transferencia y el manejo político, o hasta geopolítico, del excedente.

La aplicación universal de las medidas de política económica neoliberal, que provocan procesos de empobrecimiento y enriquecimiento, de acumulación y desindustrialización, de explotación y apropiación, de dominación y sojuzgamiento, de transferencias de excedente al exterior y de transferencias desde el trabajo hacia el capital, no está regida por el determinismo propio del ciclo económico. Obedece más bien a una confrontación de poder; a una correlación mundial de fuerzas más favorable al capital (o a una determinada fracción del capital), que ha logrado imponer en el ámbito del globo entero políticas de deflación competitiva que hacen aún más rentables sus operaciones especulativas y de colocación rentable para su capital financiero y accionario, y que colocan la situación económica mundial, según diversos analistas, a un paso de la depresión.

Las transferencias de excedente fueron más visibles y de mayores montos en el momento histórico en que los bloques de poder que intentaron aplicar políticas desarrollistas-populistas, “comunistas” o del nacionalismo revolucionario, o hasta de signo socialdemócrata, fueron no sólo desarticulados o desmembrados, sino que abrigaron las políticas del gran capital multinacional, actuando en formas asociadas o de sojuzgamiento político, económico y militar.

Esto no quiere decir que dichos mecanismos no hayan actuado en la fase previa de desarrollo del capitalismo mundial, durante los llamados “treinta gloriosos”, la fase A del ciclo de Kondratieff. Lo que parece haber ocurrido es una direccionalidad distinta de los montos del excedente, articulada por la política imperial de EE.UU., que favorece a una Europa afectada por la guerra (vía el Plan Marshall), que a la postre fue la beneficiaria directa de la situación colonial y neocolonial a que sometieron al continente africano. La otra región favorecida comprende algunos países de Asia Oriental junto con Japón, a través de la “política de contención” del comunismo.

Del otro lado del tablero, durante el período de socialismo soviético de Estado, los rusos “dominan en términos políticos y culturales pero no explotan económicamente a los otros (los flujos de valor [...] van [...] de Rusia hacia el Asia Central)”, según afirma Samir Amin

(1998: 30). Estos flujos de valor llegan a representar “una sangría abundante y permanente de decenas de miles de millones de dólares anuales a la URSS”, a decir de Eric Hobsbawm (1995: 254). Actualmente, la consolidación de relaciones centro-periferia, entre cada uno de los estados del Este por separado y las potencias occidentales, ha significado enormes transferencias de excedentes hacia estos últimos, bajo las más diversas formas.

El resto del mundo periférico (América Latina, África y Medio Oriente) experimentó una disminución en sus posibilidades de negociación internacional, y se caracterizó por estar más expuesto a las políticas de castigo a los precios de las materias primas, y a la penetración del capital multinacional financiero e industrial. En estas regiones del mundo es donde las transferencias externas e internas de excedente acarrear efectos más devastadores y permanentes. Las políticas o medidas de confrontación o negociación que hacen mermar, variar o revertir la direccionalidad del excedente, o su apropiación y manejo político con objetivos distintos a los del capital multinacional (nacionalizaciones, descolonización, programas de reforma agraria, cártel de exportadores, fallido club de deudores, etc.), con el paso del tiempo son reprimidas o cooptadas y puestas en dirección a favorecer a los capitalistas del Norte y sus asociados autóctonos.

En estas regiones del mundo (con mayor crudeza en América Latina y África) los procesos de transferencia del excedente hacia los países centrales encuentran raíces históricas más profundas, vinculadas a las realidades del colonialismo, el imperialismo y el neocolonialismo, con sus repartos económicos, políticos y territoriales.

Si bien es cierto que en una determinada fase de desarrollo del capitalismo puede ser más factible, como afirmó Mandel, que ciertos países del Tercer Mundo se vean favorecidos por flujos de excedente o capital, que pueden “provenir de inversiones bruscas de las corrientes comerciales (cf. Argentina durante la Segunda Guerra Mundial), de descubrimientos importantes de yacimientos de materias primas desconocidos anteriormente y objeto de apropiación nacional, de bruscas modificaciones en los términos del intercambio, como en el caso del petróleo, o por otras modificaciones radicales análogas en el mercado mundial” (Mandel y Jaber, 1977: 105), no es menos cierto que para el Sur del mundo, después de los años ochenta, este resquicio en el funcionamiento del sistema ha sido contenido a través de un conjunto variado de políticas.

Un análisis detallado de las regiones de la periferia puede mostrar ciertas particularidades dignas de mención (Ver Cuadro 2). El comportamiento de las transferencias de excedente parece ilustrar de modo coherente las políticas enunciadas en los párrafos anteriores.

Cuadro 2

Transferencias totales de excedentes por regiones del mundo, 1972-1998 (millones de dólares)

Regiones	1972 a 1976	1977 a 1981	1982 a 1986	1987 a 1991	1992 a 1996	1997	1998
África	24.403,60	49.269,72	112.359,32	116.962,38	111.648,68	27.483,10	13.245,28
Asia	1.080,95	35.783,29	114.910,83	59.672,57	258.427,10	115.600,85	262.309,30
Europa*	-16.557,68	4.127,51	110.550,71	148.744,33	-41.570,58	34.462,76	-7.521,67
Medio Oriente	360.540,41	293.997,78	140.517,39	458.508,36	629.164,20	130.979,37	166.427,77
América Latina	72.263,35	184.101,30	419.483,81	473.155,64	739.933,54	231.310,78	250.598,92
Total	441.731	567.280	897.822	1.257.043	1.697.603	539.837	685.060

Fuente: elaboración propia a partir de FMI, Balance of Payments Statistics Yearbook, Part. 2, varios años; "Estadísticas Financieras Internacionales", varios años; y Banco Mundial, Global Development Finance, varios años.

* Para 1972 y 1973 sólo incluye servicio de la deuda y efectos de la relación de intercambio.

Los países de Medio Oriente ilustran bien cómo el incremento en el precio de venta de alguna materia prima (en este caso, el petróleo luego de la guerra de Kippur en octubre de 1973) no significa una victoria de los países pobres sobre los ricos, sino una "redistribución de la plusvalía mundial entre diferentes grupos de clases poseedoras, aun en el caso de que una parte de los habitantes de los países afectados obtengan algunas migajas del festín" (Mandel y Jaber, 1977: 23).

El aumento de los beneficios en dólares para los estados productores del hidrocarburo fue aprovechado de dos formas por EE.UU. En primer término, a partir del reciclamiento de los petrodólares, prestándolos a otros países del Tercer Mundo, lo cual le resultó de utilidad para recentrar su hegemonía en términos de la posesión de activos en el sistema bancario mundial. En segundo lugar, por el incremento de los déficits comerciales de aquellos países (no sólo los del Tercer Mundo importadores de petróleo, también de Europa y Japón), que verían crecer el precio de las importaciones del energético o de otros insumos industriales, pues para esos momentos todavía EE.UU. se mantiene como un importante productor de petróleo.

Medio Oriente registró las transferencias más cuantiosas en el quinquenio de 1972 a 1976, cuando el excedente que dejó de percibir representó 360,5 mil millones de dólares (por efecto de la pérdida en los términos del intercambio que en esos años se ubican en un promedio de 62,5 con relación a un nivel de 1980 = 100).

Hasta 1979, la zona periférica más castigada por la transferencia de recursos o excedentes fue Medio Oriente, con un promedio de más del 70% del total transferido por el mundo subdesarrollado, y esto por varias razones, no sólo por el reciclaje de petrodólares. En una lectura de largo plazo del comportamiento de los precios del petróleo, su alza en los años del primer shock petrolero no fue tal, a la vista de los niveles

alcanzados durante 1979-1981. Por otro lado, EE.UU. y los corporativos multinacionales de las llamadas siete hermanas –Exxon (Esso), Gulf, Texaco, Mobil y Socal (Chevron), así como Shell y British Petroleum– fueron en realidad los beneficiarios de un proceso en el que las clases dominantes de esos países (jeques, emires, reyes, principados) fueron muy oficiosas en desempeñar el papel más conveniente para los intereses del gran capital. Es lícito decir que, al efectuar el manejo de los ingresos del Estado como si fueran de su propiedad, en medio de la corrupción, el robo, la fuga de capital y el dispendio consumista, se comportaron como toda burguesía compradora, incapaz de autocentrar el proceso de industrialización capitalista.

De mediados de los setenta a inicios de los ochenta, América Latina muestra la maduración de procesos que se venían desarrollando en la región desde cuanto menos los inicios de los años sesenta. El imperialismo norteamericano parece estar compensando en el campo económico y en América Latina las batallas perdidas en el campo militar (no sólo por la guerra en Vietnam; además de ello, no logra superar el significado de la revolución cubana). El sometimiento de la región tiene por base no sólo lo que podríamos denominar “colonialismo financiero”; se recurre a medidas de orden económico (como la presencia de grandes inversiones industriales en la región), y a políticas de cooptación y colaboración luego del fracaso de la Alianza para el Progreso, o de desestabilización e intervención directa (sea a través de golpes de Estado o del mantenimiento de las “dictaduras de seguridad nacional”). Como afirma González Casanova, el fondo de estos procesos manifiesta que “la creciente fuerza represiva del imperialismo en América Latina pareció [...] corresponder a la pérdida de hegemonía en el mundo” (González Casanova, 1978b: 49). En la región se producen los primeros ensayos de políticas neoliberales en el Chile de Pinochet, que después serán ensayadas por Thatcher y Reagan y aplicadas en la mayor parte del mundo.

Como uno de los resultados de esta injerencia directa del imperialismo norteamericano, América Latina muestra una transferencia de 72,2 mil millones de dólares de 1972 a 1976, y después una tendencia sostenida de acrecentamiento, luego del estallido de la crisis de la deuda. Las transferencias acrecentadas se manifestaron en toda su magnitud en lo que en la región se calificó como “la década perdida”. Esa preeminencia se mantiene hasta bien entrada la década del noventa, y parece seguir hasta hoy día.

Aun cuando en las cinco zonas geográficas se incrementa la transferencia –incluso Asia y Europa Central, que en los años setenta aparecen prácticamente como receptoras de recursos, ven incrementar sus transferencias–, es en América Latina donde esta se intensifica de mayor manera. Como proporción de las exportaciones totales de la

región, las transferencias de excedentes pasan de representar el 40,3% entre 1972 y 1976 hasta alcanzar un nivel cercano al 80% en los períodos subsiguientes hasta 1996. Y como proporción del PNB de la región, su tendencia es también de incremento, pues pasan de un nivel de 4,5% hasta casi 7% durante los mismos años.

En el caso de África, parecen seguir apreciándose los estragos económicos, políticos, sociales y culturales del colonialismo y el neocolonialismo europeo. Ni siquiera durante los mejores años de la descolonización fue posible superar los efectos del período precolonial y colonial, con su impresionante expatriación de excedentes hacia los países metropolitanos (Rodney, 1982). Tampoco la devastación económica y la desestructuración productiva, a causa del reparto político colonial, el reparto económico y la asignación consuetudinaria de monocultivos, fueron dejadas atrás (Ziegler, 1999). Además de ello, se consolida el bloqueo tecnológico de la región, mientras EE.UU. y Europa se apropian de los insumos y materias primas esenciales para un período en el que el capitalismo dio saltos vertiginosos en su desarrollo industrial y en los ramos militar y nuclear.

Luego de la crisis de la descolonización y el desmembramiento de estados que nunca alcanzaron un grado mínimo de institucionalización, las transferencias de excedentes se vinculan no sólo a la apropiación de los recursos naturales de la región por los grandes corporativos mega-empresariales de la industria alimentaria, farmacéutica y de metales preciosos (que nunca mermaron la explotación y expropiación de la región), sino a la realidad palpable del sobreendeudamiento, pues la gran mayoría de los países pobres severamente endeudados se ubican en África. Como un resultado de lo anterior, en el caso de África las transferencias totales sumaron 24,4 mil millones de dólares en los años que van de 1972 a 1976, y en los cinco años comprendidos de 1992 a 1996 representaron 111,6 mil millones de dólares (se multiplicaron por cuatro). Si bien en términos absolutos representan poco menos que una cuarta parte de lo que transfiere América Latina, su proporción no es menor al 7% del PNB de la región.

En la primera mitad de la década del noventa, la región de Medio Oriente vuelve a participar con cerca del 40% de excedentes transferidos por la periferia, pues los precios del petróleo, su principal producto de exportación, llegaron en esos años a sus mínimos históricos. Como resultado, en los años comprendidos entre 1992 y 1996, la magnitud del excedente dejado de percibir y transferido al centro llega a 629,1 mil millones. Como si fuera poco, luego de 1996 y hasta 1998 las pérdidas por términos del intercambio volvieron a crecer; la supuesta recuperación de los precios del petróleo durante el segundo semestre de 1999 ni siquiera ha significado la recuperación de los niveles de precios que se tenían en

1974, y menos la de los de 1980 (habría que hacer el cálculo ahora que la región ha sido convertida en un polvorín).

América Latina también mantuvo su participación dentro del total transferido por los países periféricos, llegando casi al 40% del total, lo que coloca el monto de lo transferido por nuestra región en 739,9 mil millones de dólares de 1992 a 1996. En resumen, América Latina y Medio Oriente se presentan como las regiones que registran las mayores transferencias de excedente en cada uno de los quinquenios. Juntas suman del 60 al 75% del total de lo transferido por la periferia del mundo a los países centrales. Según estos datos del total acumulado de transferencias de excedentes que la periferia ha realizado hasta 1996 (estamos hablando de cerca de 4 billones 861 mil millones de dólares), América Latina y Medio Oriente han efectuado más de la mitad, 1 billón 882 mil millones y 1 billón 888 mil millones, respectivamente. Mientras que el total acumulado de transferencia de Asia casi llega a los 470 mil millones, el de África es apenas superior a los 410 mil millones, y el de Europa Central suma 205 mil millones de dólares, casi una novena parte de lo transferido por América Latina o Medio Oriente en los últimos 20 años.

Las transferencias de excedente contribuyen a que nuestros países no crezcan, pues desvían y dirigen recursos en la forma de tributos a los países metropolitanos, recursos que bien podrían estar siendo destinados al acrecentamiento de la inversión productiva.

TRANSFERENCIAS DE EXCEDENTES DE LOS ASALARIADOS A LOS NO ASALARIADOS

En este apartado tratamos de ilustrar el modo en que se verifica la transferencia de excedentes de los sectores asalariados a los no asalariados, a partir de la propuesta de construcción de un indicador (para el cual nos vamos a servir de los datos de la publicación de la ONU titulada *National Accounts Statistics. Main Aggregates and Detailed Tables*, en los cuadros correspondientes a la distribución factorial del producto nacional).

El principio analítico deriva de verificar que la situación de los asalariados registra en algunos años una mayor participación en el reparto de la riqueza nacional, para después experimentar un empeoramiento de su situación que se manifiesta como menor participación en el reparto de la riqueza. En el caso de América Latina, por ejemplo, en 1970 los asalariados en Argentina detentaban el 40% del PNB; según las estimaciones más recientes para 1990, su participación llegó a ser de sólo 28% (la cuenta oficial que muestra la participación de los asalariados en la riqueza nacional dejó de figurar en los anuarios estadísticos de ese país y de la CEPAL desde ese año). En Chile, mientras entre 1970 y 1972 su participación llegó a más del 43% del PNB, actualmente no sobrepasa los 35 puntos porcentuales.

Un elemento que puede estar subvaluando, distorsionando u ocultando la pérdida de los asalariados tiene que ver con la fuente estadística primaria de la que obtenemos esos datos. En la cuenta de distribución funcional del ingreso, el rubro remuneración a los asalariados incluye una proporción no despreciable de los sueldos para ejecutivos de empresas, que más bien debieran incluirse en el rubro de excedente de operación; este último, por su lado, puede estar incluyendo los beneficios de actividades cuentapropistas que debieran incluirse como remuneración a asalariados. Es posible sostener que estas dos distorsiones no se equiparan, sino que pesa más el elemento de sobrevalorar la participación de los asalariados en el PNB, incluyendo en ella sueldos y comisiones para los despachos ejecutivos de las empresas, con lo cual se subvalúa la transferencia que opera de asalariados a no asalariados.

En el cálculo de la transferencia de excedentes de los asalariados a los no asalariados hemos tenido que partir del supuesto de tomar un año como base o como parámetro de comparación. De ese modo, la transferencia se mide como la pérdida que los sueldos y salarios experimentan con relación a ese año. En la mayoría de los casos, los datos de cada una de las regiones del mundo han sido ordenados por quinquenios³³. Hemos tomado como año de comparación la situación que los asalariados tenían en el año 1975, con la finalidad de obtener uniformidad (independientemente de que en algunos países la mayor participación de los asalariados en el PNB pueda haberse verificado en otro año, tal es el caso de México, donde en 1976 la participación de los asalariados en el PNB llegó al 40,3%, nivel que nunca más se volvió a alcanzar).

Un ejemplo paradigmático de cómo se efectúa el cálculo lo muestra México. Mientras en el año 1975 los asalariados participaban con el 38,1% de la riqueza nacional, en los quinquenios siguientes el promedio de su participación disminuyó fuertemente. Pasó a representar sólo el 31,9% de 1981 a 1985, el 26,4% de 1986 a 1990, y el 28,3% de 1991 a 1995. En esta situación, los asalariados experimentan una transferencia de su riqueza al capital que se mide como la cuantía de esta pérdida. En este caso, la misma significó en promedio el 6,2% del PNB para cada uno de los años comprendidos en el período 1981-1985, el 11,6% del PNB en 1986-1990, y el 9,8% de 1991 a 1995. Expresada esta transferencia en millones de dólares constantes (mdd), es decir, anulando el efecto de la inflación (1987 = 100), pasó de representar 8.628 mdd en el primer período (hablamos de promedio anual) a 16.556 millones de dólares en el último, cuando literalmente se duplicó.

33 Por economía del lenguaje damos cuenta, en este caso, de las tendencias generales. Aquel interesado en conocer el análisis pormenorizado de los datos y la presentación de las tablas estadísticas puede consultar en Gandarilla Salgado (2005) en especial los capítulos 3 y 4.

La pérdida de participación de los asalariados en la riqueza nacional –y su traspaso hacia el capital– estuvo asociada a diferentes factores en cada una de las regiones geográficas para las cuales se dispone de datos. Las regiones geográficas y el número de países de los cuales se pudo obtener información son: 13 de América Latina, 24 de África, 12 de Asia, 6 de Europa Central y 9 de Medio Oriente. A fin de lograr indicaciones comparativas entre la situación padecida por los asalariados del Tercer Mundo y la que experimentan los de los países desarrollados (que también se incluyen en la política global de despojo de excedente de los trabajadores por el capital) se han agregado algunos indicadores de los países del Grupo de los Siete³⁴.

La inclusión de algunos datos para los países del Grupo de los Siete toma en cuenta el hecho de que no sólo los efectos sociales adversos y la merma en las condiciones de vida se han hecho extensivos al mundo entero. También las medidas de resistencia que actualmente articulan a los asalariados, desempleados, excluidos y pobres de la periferia y el centro los hacen confluír. Es importante poner atención en ciertas especificidades que asume el saqueo de los trabajadores del Sur y del Norte, tanto en los niveles iniciales de participación dentro del total de la riqueza nacional y la remuneración, como en los márgenes en que actualmente se sitúan, para ver hasta qué punto tienden a ser pulverizados por el neoliberalismo.

En primer término, la participación de los asalariados en el caso de las siete economías más industrializadas parte de un nivel inicial que va desde un 55 a un 65% del PNB, es decir, participan con casi dos tercios del PNB. No es así en el caso de los países periféricos, cuya participación en promedio se sitúa en un nivel inicial entre el 35 y 40% del PNB, y en algunos países llega a ser menor.

Desde esos niveles iniciales se verifican las pérdidas de participación en el reparto de la riqueza, en cuyo caso también notamos diferencias. Mientras que en las naciones del Grupo de los Siete las pérdidas de participación de los asalariados en el PNB van del 1 al 2%, salvo en el caso de Italia (7% del PNB) y Reino Unido (9% del PNB), en África lo más común son pérdidas de ingreso para los asalariados que fluctúan del 5 al 10% del PNB, y en América Latina las pérdidas van del 10 al 15% del PNB. Lo que pueden reflejar estas diferencias tiene que ver no sólo con la mayor o menor capacidad para defender las instituciones del Estado de Bienestar que plasman el *compromiso histórico*, sino también con la posibilidad que brinda la reubicación de la actividad productiva en lugares de menor remuneración y que presentan mayo-

34 Algunas tendencias importantes que se mencionan a continuación pueden ser verificadas en OCDE (1994).

res facilidades para de golpear las condiciones laborales. La realidad de la situación del mundo del trabajo nos muestra que a unos trabajadores se los explota más que a otros.

Desde los inicios de los años ochenta es significativa la pérdida de participación que experimentan los salarios en la renta nacional en los países del Grupo de los Siete. Esa evaluación puede generalizarse para el conjunto de los países ricos. Mención especial merece el caso de EE.UU., donde el 1% de los hogares más ricos controla cerca del 38% de la riqueza nacional, mientras que el 80% de los hogares de bajo ingreso se quedan con sólo el 17% de la riqueza nacional (Brooks y Cason, 2001).

La deficiencia en los registros estadísticos, o en algunos casos su carencia, comienza a ponerse de manifiesto en el momento en que queremos apreciar la situación de los asalariados en los países de la periferia. Es así que la poca regularidad en los registros y su menor uniformidad hacen más limitado o dificultan nuestro análisis y el registro de tendencias o referentes empíricos.

La situación para algunos países de la periferia agrupados según regiones geográficas nos muestra lo siguiente: de 24 países de África para los que se dispone de datos, en 13 existe caída en la participación de los asalariados. Las mayores se presentan en el caso de Nigeria (del 26,3% en 1975 cae al 18,6% de 1986 a 1990, y hasta el 12% entre 1991 y 1993); Zambia (cae del 50,7% en 1975 hasta el 39,7% de 1986 a 1990); Sudán (cayendo del 45% en 1975 al 34,3% entre 1981 a 1985); Sierra Leona (del 25,6% en 1975 cae hasta el 14,8% entre 1986-1990); Botswana (era del 38,2% en 1975 pasa al 28,4% de 1986 a 1990) y Congo (donde la caída fue del 42,1% en 1975 para ubicarse en el 28,1% entre 1981 y 1985). Algo menos significativas pero existentes son las caídas en Kenia (del 37,4% en 1975 al 36,2% entre 1986-1990); Sudáfrica (del 54% en 1975 al 52,3% de 1986 a 1990); Togo (del 30,8% en 1975 caen hasta el 28,1% de 1986 a 1990) y Zimbabwe (del 52,5% en 1975 caen hasta el 50,7% de 1986 a 1990).

De 12 países de Asia para los que se dispone de datos, en cuatro de ellos los sueldos y salarios pierden participación en el PNB. Es el caso de Filipinas, donde por carecer del dato correspondiente a 1975 hemos tenido que comparar la situación de los últimos años con la de 1970. De tal modo, encontramos que los sueldos y salarios promediaban el 37,1% de participación en el PNB en 1970, y cayeron hasta el 27,7% de 1990 a 1994. En Islas Fiji la caída fue del 41,6% en 1972 (tampoco se dispone del dato correspondiente a 1975) hasta el 37% de 1991 a 1995. En Nepal, sueldos y salarios pasan de representar el 60% del PNB en 1975 al 56,2% de 1981 a 1985 (no hay datos más recientes). Por último, en Tonga la participación de sueldos y salarios que era del 38,3% del PNB en 1975 cae hasta el 36,6% de 1981 a 1985.

En la región, según las estadísticas oficiales, aumentó la participación de sueldos y salarios en el PNB hasta mediados de los años noventa en el caso de Korea, Tailandia y Malasia, por mencionar algunos de los más significativos de esta zona geográfica. Estos tres países, sin embargo, experimentaron los efectos de la crisis asiática de 1997 con fuertes estragos para los niveles de vida de la población.

En el caso de Europa Central, el acceso a la información estadística de cuentas nacionales se limita a seis países, de los cuales en cinco existe pérdida de participación de los sueldos y salarios en el PNB y se verifica transferencia de excedente de los asalariados hacia el capital. Sólo en el caso de Turquía y Malta fue posible obtener la comparación desde el año 1975 (en los dos cae la participación de los asalariados en el PNB). En Turquía esta pasa de un nivel del 27,2% en 1975 hasta un promedio del 21,2% de 1986 a 1990. En el caso de Malta, la merma es equivalente a casi 6 puntos porcentuales del PNB, pasando de un nivel de 50,1% en 1975 a situarse en un promedio del 44,3% de 1991 a 1995.

En otros países de este grupo regional se registran transferencias de sueldos y salarios al capital, sólo que el período de comparación parte de 1980, no de 1975. Es el caso de Bulgaria (cae de un nivel de 50,8% del PNB en 1980 para situarse en un promedio del 44,8% del PNB de 1991 a 1994) y Rumania (una caída desde un nivel del 57,9% del PNB en 1980 hasta una media del 41,6% del PNB entre los años de 1991 a 1995).

En el caso de Medio Oriente se pudieron reunir datos para nueve países; entre ellos, sin embargo, sólo en el caso de Jordania (uno de los pocos países de la región cuya fuente principal de ingresos no es la exportación de petróleo) se verifica la tendencia de disminución en la participación de los asalariados en el PNB, que pasa del 41,9% en 1975 a un promedio del 37,5% entre 1991 y 1995. La transferencia de asalariados a no asalariados promedia anualmente entre el 3% y el 4,5% del PNB en cada uno de los períodos considerados.

Los tipos de factores que influyeron, la manera en que operaron y el grado o magnitud en que lo hicieron explican en parte el arrebato de riqueza que padecen los trabajadores, y se manifiestan en una menor participación relativa del trabajo en la apropiación de la riqueza.

En el caso de los países del Grupo de los Siete, se puede sostener que las pérdidas de participación de los asalariados en el PNB están en estrecha relación con el creciente desempleo y la acentuación de las diferencias salariales. La persistencia de sistemas de seguridad social mengua tal disminución, y la hace reconocer niveles menos acentuados que los que se viven en los países periféricos. Sin embargo, también en estos países los menores de 35 años tienen muchos menos derechos y menor estabilidad que los que tuvieron sus propios padres. También los hogares han tenido que recurrir a diversas estrategias para compensar la pérdida de ingresos y las transferencias hacia el capital. En EE.UU.,

por ejemplo, en 1998 el número promedio de semanas trabajadas fue un 14,4% mayor que en 1969 (Brooks y Cason, 2001).

El análisis de los factores que influyen en las transferencias de excedente de asalariados a no asalariados en los países de la periferia tiene que partir de matizar la propia pertinencia de la utilización de las categorías macroeconómicas convencionales, y de reconocer ciertos elementos de especificidad.

Las condiciones de los mercados de trabajo en muchos países del Tercer Mundo no se ajustan a las nociones occidentales de empleo y desempleo. Para el mundo desarrollado, el empleo es la situación que da lugar a la obtención de ingresos procedentes del trabajo; el desempleo es la ausencia de ocupación. En el Tercer Mundo los problemas del empleo se relacionan con situaciones de gran precariedad. Los cambios recientes no sólo se manifiestan en menores percepciones reales o en incrementos en la dispersión salarial (es decir, la diferencia relativa entre los sectores asalariados con mayores ingresos y los que perciben los más bajos). El problema laboral en la periferia se manifiesta en actividades marginales, estacionales, informales, ilegales, mal retribuidas, etcétera. Tomando en cuenta lo anterior, podemos decir que en los países periféricos las pérdidas de participación del trabajo en el reparto de la riqueza nacional y la magnitud de las transferencias hacia el capital se vinculan con diversos mecanismos. En el caso de África se deben mencionar la profunda crisis de la agricultura tradicional y de los cultivos de subsistencia, la caída en los precios para los monocultivos de exportación, y la reducción de los ingresos en aquellas actividades de autosubsistencia, o en las que tienen lugar en situaciones de precariedad e informalidad.

La carencia de datos sobre la evolución y magnitud de los salarios reales en África no se debe sólo a ausencias de registros; tiene que ver con la poca significación del trabajo ligado al sector estructurado o formal en esa región del mundo:

sólo uno de cada diez trabajadores ocupa un empleo regular y asalariado en los sectores modernos de la industria y los servicios. La explotación de los trabajadores africanos incluye formas brutales de trabajo forzado, y bajo régimen de esclavitud en varios países de la zona. Muchos trabajadores, especialmente las mujeres, trabajan por su cuenta, con bajas remuneraciones y sin amparo legal. Por otra parte, se estima que en el África subsahariana cerca de 75% de la mano de obra (unos 314 millones de trabajadores) ejerce una actividad laboral al margen de la economía formal, mientras los niños entre 10 y 14 años que trabajan en esta región alcanzan los 16 millones (Instituto del Tercer Mundo, 2000: 49).

Para los escasos países de África en que existen estadísticas sobre la evolución de las remuneraciones reales en la industria, las caídas son espectaculares (Mauricio, Zimbabwe, Sudáfrica, Kenia), y no sólo ocurren en esta región, sino que estos descensos abarcan países de Asia y Medio Oriente.

En el caso de Asia, son millones de personas las que “trabajan en empleos precarios o informales. Por su parte, uno de cada cinco niños ejerce una actividad laboral” (Instituto del Tercer Mundo, 2000: 49). También en esta zona del mundo la explotación por parte de las multinacionales de la industria del calzado y textil (caso de Nike, Levi’s, etc.), o en plantaciones formales, informales o clandestinas, incluye situaciones de trabajo infantil, trabajo forzado y en régimen de esclavitud.

TRANSFERENCIAS DE EXCEDENTES Y RIQUEZA SOCIAL DEL ESTADO AL CAPITAL

En el estudio de este tipo de transferencias se experimenta de nuevo la carencia de información estadística; sin embargo, podemos recurrir a una serie de elementos explicativos que nos den una idea de su magnitud.

David Korten, presidente del Foro para el Desarrollo Centrado en los Pueblos, brinda un dato importante para ilustrar este tipo de transferencias desde el Estado al capital privado. En la década del cincuenta, los impuestos sobre las corporaciones representaban el 31% de los ingresos generales del gobierno federal en EE.UU.; este porcentaje actualmente se ubica en sólo el 15%. En 1957 las grandes corporaciones en EE.UU. proveían el 45% por impuesto a las ventas de propiedad local; para el año 1987, este porcentaje había caído a sólo el 16% (Korten, 1997: 132). Las cosas no terminan allí: los gobiernos locales no sólo reducen los impuestos sino que se ven “forzados por la dinámica de la competencia global” a subsidiar directamente las operaciones de las grandes corporaciones con fondos públicos. Es el caso de la donación dada por el estado de Virginia a la empresa Motorola para facilitar su instalación y sus labores de investigación y manufactura en el Estado. Esto incluyó un desembolso por 55,9 millones de dólares, un crédito fiscal por 1,6 mil millones de dólares y un reembolso de 5 millones de dólares por la generación de empleos. Cada dólar de este paquete representa una transferencia directa de dinero de los contribuyentes a las ganancias de la empresa (Korten, 1997: 132).

Un estudio reciente sobre 250 grandes empresas, elaborado por el Institute on Taxation and Economic Policy con sede en Washington, en colaboración con Citizen for Tax Justice, muestra que Goodyear, Texaco, MCI WorldCom y otras ocho grandes multinacionales obtuvieron ganancias por 12,2 mil millones de dólares entre 1996 y 1998, sin haber pagado ningún impuesto sobre tales ingresos. Por el contrario, recibieron créditos y reembolsos por 535 millones de dólares. Durante

dicho período, 71 de esas sociedades pagaron impuestos inferiores al 35% establecido oficialmente. El estudio comprueba que, mientras sus ganancias globales crecieron 23,5%, los impuestos pagados sólo lo hicieron un 7,7% (ATTAC, 2000).

Este tipo de transferencias no son privativas de los países industrializados, ocurren quizás con más frecuencia en los países de la periferia, sólo que se documentan y se les da mayor seguimiento en los primeros. En nuestros países se asumen como fenómenos naturales, como parte de las costumbres y las tradicionales formas de actuar de funcionarios corruptos, o están ya legalizadas e institucionalizadas. Aun así, si se hurga bien en la información, estos hechos pueden ser encontrados a diario en los periódicos de circulación nacional e internacional.

Las subvenciones directas e indirectas no se limitan a las que se entregan a las corporaciones multinacionales en sus países sede. Las filiales que operan en países periféricos también reciben ese buen trato, pero en estados con mayores restricciones fiscales, y en los que es característica una recaudación regresiva que deja caer todo su peso en el consumo y no en el impuesto a la riqueza o el ingreso (siguiendo el dogma neoliberal de que el menor impuesto al capital fomenta la inversión).

Con la instrumentación del neoliberalismo, la lógica de maximización del beneficio no se limita a la competencia comercial o financiera, también se despliega en formas de “competencia tributaria” para minimizar los impuestos pagados por los grandes corporativos megaempresariales y sus filiales o subsidiarias. Este mecanismo ha acarreado efectos lesivos sobre los países del Sur:

Un estudio reciente de Oxfam International, una ONG especializada en temas de desarrollo y pobreza, ha realizado “una estimación muy conservadora” utilizando las cifras de la Conferencia de las Naciones Unidas para el Comercio y el Desarrollo sobre el monto del stock de inversiones recibidas en los países de la periferia, aplicando una tasa de retorno del 20% y una tasa impositiva del 35% (como la que se aplica en los países de la OCDE). El estudio sostiene que los países del Sur debieran recibir ingresos fiscales por 85 mil millones de dólares, pero que en realidad reciben un promedio de 50 mil millones. Por efecto de la competencia para bajar impuestos, la tasa tributaria sobre corporaciones se sitúa en niveles inferiores al 20%. Como consecuencia de este mecanismo, los países de la periferia dejan de percibir 35 mil millones de dólares por año. A esta cifra habría que agregar otros 15 mil millones producto de impuestos perdidos sobre los cerca de 700 mil millones de dólares de depósitos financieros y bancarios que individuos ricos, los grandes oligarcas, políticos corruptos y sus camarillas de los países del Sur desvían hacia los paraísos fiscales (Mobuto en el antiguo Zaire, Sani Abacha en Nigeria, Marcos en Filipinas, Baby Doc Duvalier en Haití o los Salinas en México son sólo los casos más notorios). Como resultado de ambos procesos, se estima que los países del

Sur transfieren al exterior; o dejan de percibir, por lo menos 50 mil millones de dólares por año (OXFAM, 2000).

La tendencia parece ser clara, las empresas pagan cada vez menos impuestos o bien son subsidiadas, y el peso de la recaudación se deposita en el consumo, en las espaldas de los consumidores, trabajadores y ciudadanos. Ese parece ser el caso en la mayoría de los países del Tercer Mundo.

Son escasos los análisis de las modificaciones en las recaudaciones fiscales y los ingresos del Estado, sobre todo en los países del Tercer Mundo, no tanto así en los de la OCDE. Sin embargo, es posible reconocer la importancia de este tipo de transferencia de excedente al capital y su significado si retomamos lo afirmado por el PNUD en su informe de 1999: “el ingreso fiscal se redujo en los países pobres del 18% del PIB a comienzos del decenio de 1980 al 16% en el decenio de 1990” (PNUD, 1999: 7).

Según otro estudio reciente (Stalker, 2000), la contribución fiscal a los ingresos del Estado en los países del Tercer Mundo ha correspondido a los sectores de bajos ingresos, a diferencia de lo que ocurre en los países desarrollados. La recaudación fiscal en los países pobres no sólo es menor en términos absolutos, también lo es si se mira como proporción del PNB. Mientras los ingresos fiscales en los países de alto ingreso pasaron del 24% en promedio entre 1970 y 1975 hasta casi el 30% en promedio de 1991 a 1996, en los países de bajo ingreso eran del 14% entre 1970 y 1975, y actualmente están en el 13%. En los países de mediano ingreso, los ingresos fiscales registran entre 1991 y 1996 niveles inferiores a los que tenían en la década del ochenta.

Estas disminuciones en los ingresos fiscales del Estado han tenido consecuencias severas para los asalariados de los países periféricos y han significado mermas en sus remuneraciones indirectas, ya sea como consecuencia del estancamiento económico o de la aplicación de los programas de ajuste estructural. Muchos países del Tercer Mundo redujeron sus erogaciones sociales para equilibrar sus presupuestos o responder a la lógica de las políticas de recortes y austeridad, reorientando y redistribuyendo sus gastos públicos y sociales (para transferir ese excedente hacia afuera en la forma de servicio de la deuda, o en la forma de subsidios al capital y *dumping* social). Como se afirma en el *Informe sobre Desarrollo Humano 1999*, “el gasto público en salud y educación de los países con desarrollo humano bajo se redujo del 2% del PIB en 1986-1990 al 1,8% en 1991-1996. El gasto de capital se redujo en el mismo período del 6,5% del gasto público al 6,1%” (PNUD, 1999).

No es esa la situación que se registra en los países desarrollados: “en los países industrializados el gasto gubernamental aumentó de poco menos de 30% del PIB en 1960 a casi el 50% en 1995. Más de la mitad de ese aumento se debió a transferencias sociales más elevadas, que subieron del 9% del PIB al 20%. En un informe reciente de la OCDE se informó de un aumento en el costo nacional de los subsidios de los

países miembros de 39 mil millones de dólares en 1989 a 49 mil millones de dólares en 1993” (PNUD, 1999).

Los países periféricos también son afectados, por ejemplo, en el ámbito del mercado por las subvenciones directas a los sectores agrícolas en los países industrializados (por ese concepto, en 1999 los países de la OCDE realizaron transferencias por 360 mil millones de dólares), provocando con ello una menor retribución a los productos básicos y materias primas que los países del Sur intentan colocar en los mercados de mayores ingresos: “la pérdida de ganancias de exportación [...] [para los países del Sur] por medidas proteccionistas en países industrializados [se estima] según el PNUD [...] en 35.000 millones de dólares por año, conforme al siguiente detalle: 24.000 millones por el Acuerdo Multifibras, 5.000 millones en productos primarios, 6.000 millones en otros productos” (Tandon, 2000). Otro resultado ha sido, y con ello concluimos para no abrumar al lector, como afirma Michael Barratt Brown, “la ruina de los campesinos de los países en vías de desarrollo que producían cereales para el mercado nacional, y aceites vegetales y azúcar de caña para la exportación, que no han podido competir con una alternativa que cuenta con considerables subvenciones” (Barratt Brown, 2002: 35).

En conclusión, podemos decir que la articulación entre mecanismos de dominación/explotación, que se acompañan con verdaderos procesos de apropiación de la riqueza social (mediante transferencias de excedente ocultas, localizables o encubiertas), manifiesta la dinámica de la formación económico-social capitalista, en esta etapa de su desarrollo histórico. Las anteriores evidencias manifiestan los efectos sociales que acarrearán estos mecanismos de transferencia del excedente, potenciados en el escenario de lo que mal se ha dado en llamar “globalización capitalista”, vale decir, con más tino, en el marco de la explotación global.

BIBLIOGRAFÍA

- American Historical Review* 1988, N° 93, octubre.
- Amin, Samir 1979 “Wallerstein y los orígenes históricos del intercambio desigual” en *Monthly Review*, Vol. 3, N° 1, septiembre.
- Amin, Samir 1989 *La desconexión* (Buenos Aires: Ediciones del Pensamiento Nacional).
- Amin, Samir 1998 “Rusia en el sistema mundial. ¿Geografía o historia?” en *Realidad Económica*, N° 159, octubre-noviembre.
- Arrighi, Giovanni 1999 *El largo siglo XX. Dinero y poder en los orígenes de nuestra época* (Madrid: Akal).
- Arrighi, Giovanni 2002 “Capitalismo y sistema-mundo moderno. Repensando los no debates de los setenta” en *Eseconomía*.

Revista de estudios económicos, tecnológicos y sociales del mundo contemporáneo (Nueva Época) N° 1, Otoño.

ATTAC 2000 *El grano de arena*, 16 de noviembre. Versión original disponible en <<http://www.ctj.org/itep/corp00pr.htm>>.

Bagú, Sergio 1992 *Economía de la sociedad colonial. Ensayo de historia comparada de América Latina* (México: Grijalbo/Conaculta).

Baran, Paul 1975 *La economía política del crecimiento* (México: Fondo de Cultura Económica).

Barnet, Richard J. y Müller, Ronald E. 1976 *Global Reach. El poder de las multinacionales* (Barcelona: Grijalbo).

Barratt Brown, Michael 2002 *Comercio justo, comercio injusto. Hacia una nueva cooperación internacional* (Barcelona: Icaria).

Bihl, Alain 2002 "La problemática de la reproducción del capital en *El Capital*" en *Herramienta. Revista de debate y crítica marxista* (Buenos Aires) N° 20, invierno.

Bonefeld, Werner 2001 "Clase y constitución" en *Bajo el volcán*, Año 2, N° 2, 1° semestre.

Bosshard, Peter 1997 "Globalización: de ratones y elefantes. Las corrientes financieras privadas" en *Tercer Mundo Económico*, N° 100. Disponible en <<http://www.tercermundoeconomico.org.uy/TME-100/analisis01.htm>>.

Brenner, Robert 1979 "Los orígenes del desarrollo capitalista: crítica del marxismo neosmithiano" en *En Teoría*, N° 3, octubre-diciembre.

Brooks, David y Cason, Jim 2001 "Microscopio" en *Masiosare. Suplemento semanal de La Jornada*, 6 de mayo.

Calcagno, Alfredo Eric y Jakobowicz, Jean-Michel 1981 *El monólogo Norte-Sur y la explotación de los países subdesarrollados* (México DF: Siglo XXI).

Cardoso, Fernando H. 1994 "Declaraciones" en *El País* (Madrid) 10 de diciembre.

Cardoso, Fernando H. y Faletto, E. 1971 (1969) *Dependencia y desarrollo en América Latina* (México DF: Siglo XXI).

Cardoso, Fernando H. y Faletto, E. 1979 (1969) *Dependencia y desarrollo en América Latina* (México DF: Siglo XXI).

Cardoso, Fernando H. y Weffort, Francisco C. 1973 "Ciencia y conciencia social" en Murga Frasinetti, A. y Boils, G. *América Latina: Dependencia y subdesarrollo* (Costa Rica: EDUCA).

Castro, Fidel 1983 *La crisis económica y social del mundo* (México DF: Siglo XXI).

- Chossudovsky, Michel 1997 “Crisis financiera mundial. El costo de la especulación” en *Revista del Sur*, N° 73, noviembre. Disponible en <http://www.redtercermundo.org.uy/revista_del_sur/texto_completo.php?id=1098>.
- Chossudovsky, Michel 1998 “Guerra financiera desata crisis económica mundial” en *Revista del Sur*, N° 86, diciembre. Disponible en <http://www.redtercermundo.org.uy/revista_del_sur/texto_completo.php?id=869>.
- Cueva, Agustín 1979 *Teoría social y procesos políticos en América Latina* (México: Edicol).
- Cueva, Agustín 1981 “El pensamiento social latinoamericano (notas sobre el desarrollo de nuestras ciencias sociales en el último período)” en *Latinoamérica. Anuario de estudios latinoamericanos*, N° 14.
- Cueva, Agustín 1994 *El desarrollo del capitalismo en América Latina* (México DF: Siglo XXI).
- Del Búfalo, Enzo 2002 “La teoría económica en América Latina: 30 años de búsqueda” en *Nueva Sociedad*, N° 180-181, julio-octubre.
- Denemark, Robert A. y Thomas, Kenneth P. 1989 “El debate Brenner-Wallerstein” en *Zona Abierta*, N° 50, enero-marzo.
- Dillon, John 1995 “La ‘recesión permanente’ en Canadá y la necesidad de renegociar el TLCAN” en Van Hess, Ted et al. *Deuda externa y alternativas* (México DF: Convergencia de organismos civiles por la democracia/El Barzón/Equipo Pueblo).
- Dussel, Enrique 1988 *Hacia un Marx desconocido. Un comentario de los manuscritos del 61-63* (México DF: Siglo XXI).
- Dussel, Enrique 1992 *1492 El encubrimiento del otro. El origen del mito de la modernidad* (Colombia: Anthropos).
- Dussel, Enrique 1997 “Modernidad, globalización y exclusión” en Heinz, Dieterich (coord.) *Globalización, exclusión y democracia en América Latina* (México DF: Joaquín Mortiz).
- Echeverría, Bolívar 1998 *La contradicción entre el valor y el valor de uso en El Capital de Karl Marx* (México DF: Ítaca).
- Faletto, Enzo 1979 “La dependencia y lo nacional-popular” en *Nueva Sociedad*, N° 40, enero-febrero.
- Fals Borda, Orlando 1968 *Subversión y cambio social* (Bogotá: Tercer Mundo).
- Fals Borda, Orlando 1978 “El ‘secreto’ de la acumulación originaria de capital: una aproximación empírica” en *Estudios Sociales Centroamericanos*, Año VII, N° 20, mayo-agosto.

- Frank, Andre Gunder 1971a (1969) “El desarrollo del subdesarrollo” en *Sociología del desarrollo y subdesarrollo de la sociología. El desarrollo del subdesarrollo* (Barcelona: Anagrama).
- Frank, Andre Gunder 1971b (1969) “Sociología del desarrollo y subdesarrollo de la sociología. Un examen del traje del emperador” en *Sociología del desarrollo y subdesarrollo de la sociología. El desarrollo del subdesarrollo* (Barcelona: Anagrama).
- Frank, Andre Gunder 1979 “Raíces del desarrollo y el subdesarrollo en el nuevo mundo: Smith y Marx contra los weberianos” en *Acumulación dependiente y subdesarrollo* (México: Era).
- Frank, Andre Gunder 1991 “Un argumento por la Historia del Sistema Mundial” en *Cuadernos Americanos* (Nueva Época) N° 30, noviembre- diciembre.
- Gandarilla Salgado, José Guadalupe 2005 “El funcionamiento de la economía mundial y las transferencias de excedentes. Una visión crítica de y desde la región latinoamericana”. Tesis de Maestría en Estudios Latinoamericanos, México, UNAM, mimeo.
- González Casanova, Pablo 1969 *Sociología de la explotación* (México DF: Siglo XXI).
- González Casanova, Pablo 1973 “La nueva sociología y la crisis de América Latina” en Murga Frasinetti, A. y Boils, G. *América Latina. Dependencia y subdesarrollo* (Costa Rica: EDUCA).
- González Casanova, Pablo 1978a “Corrientes críticas de la sociología latinoamericana” en *Nexos*, N° 5, mayo.
- González Casanova, Pablo 1978b *Imperialismo y liberación* (México DF: Siglo XXI).
- González Casanova, Pablo 1993 “La conquista de América Latina” en *Tareas*, N° 83, enero-abril.
- González Casanova, Pablo 1996 *La nueva organización capitalista mundial vista desde el Sur* (Barcelona: Anthropos-CEIICH) Tomo II.
- González Casanova, Pablo 1999a “Reestructuración de las ciencias sociales: Hacia un nuevo paradigma” en *Ciencias Sociales. Algunos conceptos básicos* (México: Siglo XXI-CEIICH).
- González Casanova, Pablo 1999b “La explotación global” en Valero, Ricardo (coord.) *Globalidad. Una mirada alternativa* (México: CELAG/Miguel Ángel Porrúa).
- Gowan, Peter 2000 *La apuesta por la globalización. La geoeconomía y la geopolítica del imperialismo estadounidense* (Madrid: Akal).
- Halperin Dongui, Tulio 1993 *Historia Contemporánea de América Latina* (Madrid: Alianza).

- Hellinger, Steve 1995 "El papel de los Estados Unidos en la crisis de la deuda" en Van Hess, Ted et al. *Deuda externa y alternativas* (México DF: Convergencia de organismos civiles por la democracia/El Barzón/Equipo Pueblo).
- Hinkelammert, Franz 1970 *El subdesarrollo latinoamericano. Un caso de desarrollo capitalista* (Buenos Aires: Paidós).
- Hobsbawm, Eric 1995 *La era de los extremos. Una historia del mundo, 1914-1991* (Barcelona: Crítica).
- Holloway, John 2002 *Cambiar el mundo sin tomar el poder. El significado de la revolución hoy* (Buenos Aires: Herramienta/BUAP).
- Instituto del Tercer Mundo 2000 *Guía del Mundo, 1999-2000* (Montevideo).
- International Monetary Fund, *Balance of Payments Statistics Yearbook. World and regional tables* (New York), Part. 2.
- International Monetary Fund, *Estadísticas Financieras Internacionales* (New York).
- Kaplan, Marcos 1970 *Formación del Estado nacional en América Latina* (Buenos Aires: Amorrortu).
- Kearney, A. T. 2001 "Midiendo la globalización. Índice de Globalización de A. T. Kearney Inc./Foreign Policy" en *Este país*, mayo.
- Khor, Martín 1997 "La especulación en el tapete" en *Revista del Sur*, N° 73, noviembre. Disponible en <<http://www.revistadelsur.org.uy/revista.073>>.
- Korten, David C. 1997 *Cuando las transnacionales gobiernan el mundo* (Santiago: Cuatro Vientos).
- Lechner, Norbert 1990 *Los patios interiores de la democracia. Subjetividad y política* (Santiago de Chile: FCE).
- Mandel, Ernest 1972 "La acumulación primitiva y la industrialización del Tercer Mundo" *Leyendo El Capital* (Madrid: Fundamentos).
- Mandel, Ernest y Jaber, S. 1977 *Estudios sobre capital financiero semicolonial: petrodólares* (Buenos Aires: Editor 904).
- Marini, Ruy Mauro 1973 *Dialéctica de la dependencia* (México DF: Era).
- Marini, Ruy Mauro 1979 "El ciclo del capital en la economía dependiente" en Oswald, Úrsula (coord.) *Mercado y dependencia* (México: Nueva Imagen/CIS-INAH).
- Martínez, Manuel; Duscio, Paula y Vázquez, Ignacio 1998 *El mayo francés de 1968* (Buenos Aires: Antídoto).
- Marx, Karl 1971 *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política. Grundrisse de 1857-58* (México DF: Siglo XXI).
- Marx, Karl 1982 *Introducción general a la crítica de la economía política. 1857* (México DF: Siglo XXI).

- Marx, Karl 1984 *El Capital. Libro I. Capítulo VI (inédito)* (México DF: Siglo XXI).
- Mészáros, Itsván 2001 *Más allá del capital* (Caracas: Vadell Hermanos).
- Mires, Fernando 1991 *La colonización de las almas. Misión y conquista en hispanoamérica* (San José: DEI).
- Moulier, Y. 1989 "Introducción" in Negri, Toni *The politics of subversion. A manifesto for the twenty-first century* (Cambridge: Polity Press).
- Murga Frasinetti, A. y Boils, G. 1973 *América Latina: dependencia y subdesarrollo* (Costa Rica: EDUCA).
- Negri, Toni 1989 *The politics of subversion. A manifesto for the twenty-first century* (Cambridge: Polity Press).
- O'Brien, Patrick 1983 "El Tercer Mundo y Europa occidental, 1492-1789" en *Revista de Occidente*, N° 29, noviembre.
- OCDE 1994 *Estudio de la OCDE sobre el empleo. Hechos, análisis, estrategias. El empleo, bajo el prisma de la OCDE, 1950-1995* (España: Mundi Prensa).
- Oliveira, Francisco de 1998 "Vanguardia del atraso y atraso de la vanguardia. Globalización y neoliberalismo en América Latina" en Sader, Emir (ed.) *Democracia sin exclusiones ni excluidos* (Caracas: Nueva Sociedad).
- OXFAM 2000 *Tax Havens: Releasing the hidden billions for poverty eradication* (London), June. Available in <http://www.oxfam.org.uk/what_we_do/issues/debt_aid/tax_havens.htm>.
- Pastor, María Alba 1993 "La historia global y la obra de Immanuel Wallerstein" en *Tempus. Revista de la Facultad de Filosofía y Letras* (México DF) N° 1, Otoño.
- Pineda, Francisco 2003 "Nuestra América: entre el racismo y la liberación" en *Rebeldía*, Año 1, N° 6, abril.
- PNUD 1999 *Informe sobre desarrollo humano 1999* (Madrid: Mundi Prensa).
- Quijano, Aníbal 1972 "Imperialismo y capitalismo de Estado" en *Sociedad y política*, Año I, N° 1, junio.
- Quijano, Aníbal 1981 "Sociedad y sociología en América Latina" en *Revista de ciencias sociales*, Vol. 23, N° 1-2, marzo- junio.
- Quijano, Aníbal 1995 "Raza, etnia y nación en Mariátegui: cuestiones abiertas" en *Estudios Latinoamericanos* (Nueva Época) Año II, N° 3, enero-junio.
- Quijano, Aníbal 2000a "Colonialidad del poder y clasificación social" en *Journal of World-Systems Research*, VI, 2, Summer-Fall.
- Quijano, Aníbal 2000b "Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina" en Lander, Edgardo (comp.) *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas* (Buenos Aires: CLACSO).

- Revueltas, José 1982 (1962) *Ensayo sobre un proletariado sin cabeza* (México DF: Era).
- Rodney, Walter 1982 *De cómo Europa subdesarrolló a África* (México DF: Siglo XXI).
- Skocpol, Theda 1977 "Wallerstein's World Capitalist System: A theoretical and historical critique" in *American Journal of Sociology*, Vol. 82, N° 5, March.
- Soberanes Fernández, José Luis 2000 *Los bienes eclesiásticos en la historia constitucional de México* (México DF: Instituto de Investigaciones Jurídicas-UNAM).
- Sonntag, Heinz R. 1989 *Duda/certeza/crisis. La evolución de las ciencias sociales de América Latina* (Caracas: Nueva Sociedad).
- Stalker, Peter 2000 *Visible Hands. Taking Responsibility for Social Development* (Ginebra: UNRISD).
- Stern, Steve J. 1987 "Feudalismo, capitalismo y el sistema mundial en la perspectiva de América Latina y el Caribe" en *Revista Mexicana de Sociología*, Vol. XLIX, N° 3, julio-septiembre.
- Stern, Steve J. 1989 "Todavía más solitarios" en *Revista Mexicana de Sociología*, Vol LI, N° 3, julio-septiembre.
- Stern, Steve J. 1992 "Paradigmas de la conquista. Historia, historiografía y política" en Bonilla, Heraclio (comp.) *Los conquistados: 1492 y la población indígena de las Américas* (Santa Fe de Bogotá: Tercer Mundo Editores/FLACSO/Libri Mundi).
- Tandon, Yash 2000 "Inversión extranjera, globalización y desarrollo humano" en *Tercer Mundo Económico*, junio. Disponible en <http://www.redtercermundo.org.uy/tm_economico/texto_completo.php?id=1744 de>.
- Thompson, Edward P. 1984 *Tradición, revuelta y conciencia de clase. Estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial* (Barcelona: Crítica).
- Tilly, Charles 1991 *Grandes estructuras, procesos amplios, comparaciones enormes* (Madrid: Alianza).
- Toussaint, Eric 1998 *Deuda externa en el Tercer Mundo: Las finanzas contra los pueblos* (Caracas: Nueva Sociedad/CADTM/Convergencia socialista).
- Tronti, Mario 2001 *Obreros y capital* (Madrid: Akal).
- UNCTAD, Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo 2000 *Informe sobre el comercio y el desarrollo, 2000* (Ginebra).
- Van Hess, Ted et al. 1995 *Deuda externa y alternativas* (México: Convergencia de organismos civiles por la democracia/El Barzón/Equipo Pueblo).

- Vilar, Pierre 1993 “Marxismo e historia en el desarrollo de las ciencias humanas (para un debate metodológico)” en Vilar, Pierre *Crecimiento y desarrollo. Economía e historia. Reflexiones sobre el caso español* (Barcelona: Planeta-Agostini).
- Wallerstein, Immanuel 1974 “The rise and future demise of the world capitalist system: concept for comparative analysis” in *Comparative Studies in Society and History*, 16, 4, September.
- Wallerstein, Immanuel 1979 *El moderno sistema mundial* (México DF: Siglo XXI) Tomo I.
- Wallerstein, Immanuel 1983 “Configuraciones y perspectivas de la economía-mundo capitalista” en *Revista de Occidente*, N° 29, noviembre.
- Wallerstein, Immanuel 1984 *El moderno sistema mundial* (México DF: Siglo XXI) Tomo II.
- Wallerstein, Immanuel 1989 “Comentarios sobre las pruebas críticas de Stern” en *Revista Mexicana de Sociología*, Vol LI, N° 3, julio-septiembre.
- Wallerstein, Immanuel 1995 “La estructura interestatal del sistema-mundo moderno” en *Secuencia. Revista de historia y ciencias sociales* (Nueva Época) N° 32, mayo-agosto.
- Wallerstein, Immanuel 1998 *El moderno sistema mundial* (México DF: Siglo XXI) Tomo III.
- Wallerstein, Immanuel 1999 *El capitalismo ¿qué es? Un problema de conceptualización* (México DF: CEIICH-UNAM).
- Wallerstein, Immanuel 2001 *Conocer el mundo, saber el mundo: el fin de lo aprendido. Una ciencia social para el siglo XXI* (México DF: Siglo XXI/CEIICH).
- Weffort, Francisco C. 1994 “Notas sobre la ‘teoría de la dependencia’: ¿Teoría de clases o ideología nacional?” en *Política y sociedad*, N° 17, septiembre-diciembre.
- Wolf, Eric R. 2000 *Europa y la gente sin historia* (Buenos Aires: FCE).
- Wolf, Martin 1997 “¿Por qué este odio a los mercados?” en *Le monde diplomatique* (México DF: Nueva Época) Año I, N° 1, junio.
- World Bank 2000 *Global Development Finance, 2000* (New York).
- Zavala, Silvio 1972 *La colonización española en América* (México DF: SEP-Setentas).
- Zavaleta Mercado, René 1977 *El poder dual. Problemas de la teoría del Estado en América Latina* (México DF: Siglo XXI).
- Zavaleta Mercado, René 1985 *Lo nacional-popular en Bolivia* (México DF: Siglo XXI).
- Ziegler, Jean 1999 *El hambre en el mundo explicada a mi hijo* (Barcelona: Muchnik).